

Las Misiones católicas

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE.

Año I.

Barcelona 30 de Noviembre de 1880.

Nº 22.

ESTÁ fuera de duda que uno de los siglos más borrascosos que surcó la Barca de san Pedro fué el siglo XVI. Siglo de transaccion, los mal llamados reformadores capitaneados por el apóstata Lutero, al levantar éste la negra bandera del espíritu privado como regla de fe, creyeron que á los golpes de este ariete caería desmoronado el baluarte del dogma, y que desenfrenados los malos instintos del corazon y el orgullo de la inteligencia de los hombres, al empuje violento de estos huracanes naufragaría la barquilla del Pescador, ó sea la Iglesia. No sucedió así. Frente al funesto prevaricador puso la Providencia un hombre excepcional, Ignacio de Loyola, quien conociendo la causa de los males que afligian á la Iglesia, para extinguirlos alzó contra el estandarte de la razon el de la autoridad, y agrupando bajo sus anchurosos pliegues unos pocos, pero buenos y decididos, formados en un pequeño escuadron al que llamó Compañía de Jesús, á modo de ligera vanguardia aceptaron el combate que les presentaban los reformadores; pelearon y vencieron.

Uno de estos hombres heroicos fué Francisco Javier. Hijo de una ilustre familia de Navarra, marchó á educarse en París, donde su aplicacion y conocimientos le ganaron á la edad de veintidos años una cátedra de filosofía, viviendo desde entonces únicamente atareado en adquirirse una reputacion y una sólida fortuna. Allí le encontró Ignacio de Loyola, y procuró captarse su noble corazon, y lo conquistó para su naciente Instituto. El apuesto catedrático, convertido en fervoroso novicio, fué luego modelo de sus nuevos hermanos en austeridad, obediencia, mortificacion y demás virtudes religiosas.

Trataba por entonces Juan III de Portugal de enviar á sus posesiones de la India algunos misioneros de la Compañía de Jesús. Consultado Loyola por el Soberano Pontífice, contestó que sólo tenia dos individuos á su disposicion y que los ofrecia con gusto á la Santa Sede y al Rey de Portugal. Rodriguez marchó primero, y Javier reemplazó á Bobadilla, que era el segundo nombrado para esta expedicion y que no pudo realizar por hallarse enfermo.



Una peregrinacion á la isla de Sancian. (Pág. 509).

En la entrevista que tuvo con Loyola el futuro apóstol de las Indias, le dijo aquel:

—Aceptad la mision de que os ha encargado Su Santidad por mi boca, como si os la ofreciese el mismo Jesucristo, y alborozaos por haber hallado con que satisfacer ese ardiente deseo que todos teníamos de transportar la fe allende los mares. No es ya solamente la Palestina ni una provincia del Asia á la que se limita nuestra mision: extiéndese más bien á tierras inmensas, á reinos innumerables y al mundo entero. Id, hermano mio, á donde la voz de Dios os llama, y á donde os envía la Santa Sede, procurando incendiarlo todo con el fuego de caridad que en vos arde: sólo tan vasto campo pudiera ser digno de vuestro celo.

Francisco se puso en camino; atravesó Francia y los Pirineos, sin consentir dar un último «á Dios» á su familia y á su madre, aunque se halló cerca de la casa paterna, porque temía que este tierno desahogo retardase su proyecto; llegó á Lisboa á fines de Junio de 1540, y se vió obligado á retardar su embarco hasta la primavera siguiente.

Rodriguez y Javier, que á pesar de las instancias del Rey pasan á mendigar un asilo en el hospital público, y que se sostienen con las limosnas recogidas de puerta en puerta, no permanecen un solo instante en la inaccion; continúan en Portugal el género de vida que hacian en Bolonia, Venecia y Roma, visitan los hospitales y calabozos, instruyen á los niños, y conducen los hombres á la virtud.

En suma, tales fueron la renovacion de costumbres y los prodigios de conversion que en poco tiempo obraron los dos Jesuitas en Lisboa y hasta en el mismo palacio Real, que Juan III manifestó vivísimo deseo de conservar en su reino á aquellos apóstoles, y en este sentido porfió cerca del papa Paulo III, hasta que al fin convínose en que Rodriguez se quedaria en Portugal, y Javier emprenderia su marcha á las Indias.

Antes de partir puso el Rey en manos del misionero cuatro Breves apostólicos de Su Santidad. En los dos primeros el Papa instituía á Javier nuncio apostólico, confiriéndole los más amplios poderes para difundir y sostener la fe en aquellas regiones: en los dos restantes le recomendaba á diversos príncipes orientales.

El 7 de Abril de 1541 zarpó la flota mandada por D. Alfonso de Souza, y despues de una travesía de cinco meses en medio de borrascas y escollos todavía no conocidos, puso Javier el pié en la tierra de Mozambique. Allí continuó la obra de regeneracion á que habia consagrado todos sus momentos desde el instante de su embarco. En el navío predicaba á los marineros y á los soldados, y en la costa africana anunció á los negros la buena nueva de Jesucristo.

El ejército y los marinos se encontraban en situacion muy deplorable; habian enfermado en el mar, y la insalubridad del país multiplicó sus dolencias. Mozambique era ya la tumba de los portugueses. Javier se improvisa médico corporal, enfermero y consolador de los dolientes; predica por el día, y pasa las noches á la cabecera de los moribundos consolándoles y administrándoles, siendo el sueño para él algo menos que un pasajero reposo que no le impedía escuchar los más leves ayes exhalados por el dolor ó por el insomnio.

El temperamento más robusto no hubiera podido resistir á aquellos excesos de caridad; la naturaleza pudo más que el sacrificio; vióse Javier atacado de una ardorosa fiebre, mas no por eso se permitió el menor descanso.

Por último, despues de haber permanecido seis meses en Mozambique, volvió á zarpar la flota, con rumbo á la isla de Socotora. Existía entre sus moradores una especie de culto tomado de todas sectas, y sólo tenían del Cristianismo la imágen de la cruz que en otro tiempo colocaron en su suelo. Javier comenzó á catequizarles, y aquellos hombres medio salvajes acudian en tropel para verle y escucharle. Acercábanse unos ofreciéndole frutos, otros presentándole sus hijos, y prometiéndole todos vivir y morir en la fe que les enseñaba, pero con la condicion de que permaneciese entre ellos.

Las lágrimas que inundan los rostros de aquella multitud, y que justifican la vivacidad de su afecto, enternecen á Javier; pero á su vista se ofrece un campo más vasto que fecundar y naciones menos fáciles de convencer; y arrancándose al afecto de aquellos primeros fieles, é inclinado sobre el navío que le separa de ellos, bendice aún desde lejos á los infortunados habitantes de Socotora que le tendian los brazos.

El 6 de Mayo de 1542 se halló en frente de Goa, capital de la India portuguesa y una de las escalas del comercio de Oriente. Con la victoria habian introducido los portugueses en la India la fe, pero pronto cambió de objeto el celo de los conquistadores. Erales preciso dar rienda suelta á sus desarreglados instintos; cegábalos la sed del oro y la crápula; los amos adquirian colosales fortunas haciendo un infame tráfico con la prostitucion de sus esclavas; oian con el mayor desprecio las exhortaciones, ruegos y hasta amenazas del prelado; y en suma, para no evocar, aún en la apariencia de un culto, importunos remordimientos y una amarga censura de la vida á que se entregaban, se fueron poco á poco despojando de toda virtud y de todo pudor, legando á los pueblos conquistados los más tristes ejemplos de corrupcion é inmoralidad. Los indios, testigos y víctimas de semejantes excesos, procuraban sacar toda la parte que podian en tan general desórden, y acudian en masa á sus pagodas, tornando á ofrecer culto á sus ídolos. Adoraban al demonio bajo mil figuras obscenas; adoptaban por dioses á los animales más inmundos, y ofrecian por todas partes sangrientos sacrificios. Para captarse el favor de sus deidades, no era raro ver á los padres inmolando á sus propios hijos sobre los altares erigidos por la ignorancia y conservados por el fanatismo.

Tal era la situacion en que se hallaban aquellas vastas y opulentas regiones al arribo de Javier. Su primer cuidado, así como su primer pensamiento, se encaminaron á remediar la depravacion que mancillaba á los europeos. Siguiendo las instrucciones de Ignacio, empieza su apostolado por catequizar á los niños. Sabia bien que asegurar el porvenir era triunfar de lo presente, y por lo tanto se dedica con todo el ardor que le inspiraba el Altísimo á sustraer aquellos inocentes á los ejemplos de corrupcion que con tanta facilidad podian infestar sus tiernos corazones.

Vésele recorrer las calles y plazas de la ciudad con

una esquila en la mano, estimulando á los padres de familia, en nombre del Dios que le alienta, á que envíen sus hijos á la doctrina; y cuando ha logrado reunir en derredor suyo una inmensa multitud de niños, guía sus débiles pasos á la iglesia. Allí les habla del portal de Belén y de Jesús enseñando entre los doctores; les pone ante su vista las imágenes que más deben llamar su atención é impresionar su débil cerebro; y valiéndose del persuasivo acento de que el cielo le dotara, les hace concebir el Símbolo de los Apóstoles y los diez Mandamientos con su explicación y paráfrasis. Después de haberlos amoldado á su manera en la modestia y virtudes de su edad, los remite misioneros espontáneos á difundir en el seno de sus familias el germen del cristianismo que han recibido.

Esta semilla produjo muy luego el fruto que Javier esperaba; en breve se agolpó un gentío inmenso para escucharle; y no siendo la iglesia bastante capaz para contenerlo, tuvo que predicar en la plaza.

Hallábase nuestro insigne Apóstol en todo el vigor de la edad, y vendría á tener treinta y seis años: de talla mediana y constitución robusta, dejaba ver en sus facciones algo augusto y majestuoso que inspiraba respeto y confianza: su frente espaciosa, sus ojos azules y expresivos, su tez animada y su paso en que se descubría cierto viso de su nobleza pasada, daban á toda su persona un conjunto de gravedad agasajadora que atraía los corazones.

El espíritu de la ciudad cambió como por ensalmo: la penitencia siguió á la crápula extirpada por la palabra de Javier: de un lado se veía á unos renunciar á sus contratos usurarios; del otro, restituir los bienes mal adquiridos; aquí, romper las cadenas de los esclavos; allá, despedir las concubinas y reformar las costumbres, é introducirse, en fin, en las familias las virtudes cuyo aprendizaje habían hecho bajo los auspicios del Jesuita. La sed del oro había adulterado las costumbres de los portugueses, y ellos mismos lo lanzaban ahora á los pies del misionero, suplicándole lo invirtiese en obras de caridad.

Nada le pareció ya difícil al grande Apóstol después de su victoria sobre los colonos portugueses.

Los habitantes de la Costa de Pesquería no tenían de cristianos más que el nombre y el bautismo, porque la gran esterilidad del suelo y lo insalubre del clima hacía que ningún sacerdote se resolviese á fijar allí su residencia; no viéndose jamás otros extranjeros que los que acudían á la pesca de las perlas. Noticioso de ello Javier, quiso evangelizar aquella costa, para la cual se embarcó el 17 de Octubre de 1542, rehusando aceptar los regalos y aún los vestidos que le presentó D. Alfonso de Souza, porque no ambicionaba más tesoro que su crucifijo y su breviario. Su predicación, sostenida con el don de los milagros, produjo abundantísimo fruto: el fervor de esta naciente cristiandad era admirable, y la multitud de infieles que se le presentaban solicitando el Bautismo era tan grande, que Javier, rendido de cansancio, apenas podía levantar los brazos para administrárselo.

Al año siguiente se trasladó á Travancor, donde bautizó con sus propias manos hasta 10,000 idólatras en el corto espacio de un mes. Edificáronse en corto tiempo 45 iglesias, y decía Javier que era un espectáculo con-

movedor ver aquellos infieles convertidos correr á porfía á demoler los templos de sus falsas deidades.

Los bracmanes de la Pesquería, raza temible y sagrada en el país, habían respetado aquel celo de tan funestos resultados para ellos, aun cuando le habían maldecido en su corazón; pero los de Travancor no consintieron permanecer espectadores tranquilos é indiferentes á la deserción de sus sectarios. Para contrarestar los triunfos del Misionero ganaron algunos de sus adictos que le asaltaron por la noche lanzándole multitud de flechas. Corrió la sangre del mártir, pero el cielo le salvó la vida. Valiéronse después de otros medios: incendiaron las casas en que suponían tomaría algunas horas de reposo, pero este artificio no tuvo mejor éxito que las flechas de los indios.

La reputación del santo Apóstol se extendió hasta los confines más apartados de las Indias, y de todas partes le llegaban comisionados.

La milagrosa resurrección de un muerto ya sepultado y hediondo ganó para el Cristianismo todo el pueblo de Coulan. Los habitantes del reino de Manar se alistaron también bajo el estandarte de la cruz, y cuando el príncipe de Jafnapatam usurpó dicha Corona, muchos de ellos sufrieron animosamente el martirio antes que renunciar la religión que les había civilizado.

Arrostrando multitud de peligros dirigióse Javier á Meliapur, denominada Santo Tomé por los portugueses, en cuya ciudad vivió y sufrió martirio el apóstol santo Tomás. Bastábale saber que aquella tierra fué regada con la sangre de uno de los primeros mártires de la Iglesia, para que ansiase abrazarla y pidiese al cielo valor para proseguir la obra de su apostolado junto á la tumba de su antecesor. Hizolo así, en efecto, continuando en Meliapur su género de vida habitual, predicando, orando, convirtiendo, obrando prodigios en todas partes, y pidiendo luces á Dios en la soledad. Frio, calor, hambre, sed, enfermedades, no eran bastantes á detener el vuelo majestuoso de aquella águila de la caridad cristiana. Sus pies desnudos se herían y despedazaban en los abrojos y en los caminos, pero la caridad decíale: «¡Adelante!» y adelante seguía hambriento y ensangrentado en pos de nuevas almas para el cielo, de quien recibía virtud y fortaleza.

Malaca, las islas de Amboyna, del Moro, las Molucas y otros muchos lugares fueron el teatro de su milagrosa propaganda y de su heroica caridad.

No se detuvo aquí el gran Javier; y habiendo recibido recursos, consuelos, y, lo que es mejor, misioneros que le enviaban para ayudarle en su apostolado, después de comunicarles sus instrucciones, decidió marchar al Japon, importantísimo Imperio del extremo Oriente, formado por un mundo entero de islas y de montañas. Sus predicaciones y milagros consiguieron en Cangoxima, en Firando, en Meaco, en Amanguchi, en Fucheo, un éxito inmenso; y á pesar de la ruda oposición de los bonzos convirtió gran parte del país, habiendo llegado casi hasta nuestros días el saludable fruto de su palabra de fuego.

En una de sus cartas á los Jesuitas de Roma, al hablarles de estos milagrosos resultados, les decía: «Aunque mis cabellos han encanecido, estoy más robusto que nunca, porque las fatigas que uno se toma para

cultivar una nacion juiciosa, que ama la verdad y que desea su propia salvacion, causan el más grato placer. No he disfrutado en toda mi vida tanto consuelo como en Amanguchi, en que venian á escucharme una multitud de personas con el permiso del rey. Veia los transportes de júbilo en que se abismaban estos nuevos cristianos cuando despues de haber yo confundido á los bonzos en sus disputas volvian á la carga en actitud de triunfadores: veia el orgullo de los bonzos abatido, y sometidos á la humildad evangélica á los más orgullosos enemigos del nombre cristiano: no me hallaba menos entusiasmado al ver el trabajo que se tomaban unos y otros á porfia para convencer á los gentiles, y el placer que les causaba referir sus conquistas; por qué medios se hacian dueños de todos los corazones, y cómo procuraban exterminar las supersticiones paganas: todo

esto me causaba tal placer, que olvidaba hasta el sentimiento de mis propios males...»

Las fatigas de que habla Javier en sus cartas con tanta indiferencia no habian llegado aún á su término. El gran bonzo de Europa, como le llamaban los japoneses, aspiraba á mayores conquistas; el fuego de su caridad proyectaba incendiar nuevos mundos. Embarcóse para Cochin, donde convirtió en pocos dias al rey de los Maldivas, continuando despues su marcha hácia Goa, donde le llamaban asuntos de la Compañía. Envió misioneros á distintos lugares; organizó los diversos y numerosos pueblos en que ejercia su gobierno espiritual y se dispuso incontinenti á realizar su constante anhelo de hacer conocer á Jesucristo en el vasto imperio de la China.

Presentósele feliz coyuntura con la próxima partida de



La isla de Sancian. (Pág. 509).

Santiago Pereyra, negociante portugués que sólo habia solicitado de su rey el honor de servir á su patria y religion sacrificando sus intereses, y que habia sido honrado con la embajada de China, á donde le acompañaria Javier con otros dos misioneros jesuitas. Pero el espíritu de rivalidad y de celos empujó á D. Alvaro de Atayde, gobernador de Malaca y despues nombrado capitan mayor de los puertos por instancias de Javier, á frustrar los planes de éste y á oponerse á la embajada de China, embargando el navío *Santa Cruz* que debía conducirla. Ni la Real cédula de Juan III, en que se otorgaban á Javier las facultades más amplias, ni las razones más concluyentes, pudieron hacer entrar en razon al capitan mayor. Pasábase entre tanto el tiempo favorable á la navegacion, y agotados todos los medios de persuasion,

Javier se decide á hacer uso de las facultades espirituales de que estaba revestido, lanzando la excomunion contra D. Alvaro; pero éste se burló del anatema, mandó fletar el navío *Santa Cruz* y le envió á traficar á Sancian.

Este era un golpe mortal para el corazon de Francisco: sólo existia un buque en leva; un hombre destruia sus más risueñas esperanzas y anonadaba sus más lisonjeros planes. Mas no por esto creyó deber privar á aquella nacion del fruto de su palabra: entró en el navío *Santa Cruz*, y el Jueves Santo 14 de Abril de 1552 abandonó á Goa para no volver á ella sino envuelto con el paño mortuorio.

Despues de una penosa travesía, en la que Javier tuvo mil ocasiones de mostrar su gran caridad, acompañada de extraordinarios prodigios, el navío *Santa Cruz*,

que conducía á bordo 500 pasajeros, ancló por fin en las aguas de Sancian.

Era Sancian un lugar inculto y salvaje que forma tres isletas frente Macao. Los chinos habían permitido á los europeos establecer en él una escala con el objeto de poder comerciar con ellos sin violar las leyes del Celeste Imperio, que prohibían á todo extranjero poner el pié en tierra firme.

El Misionero estaba en frente de la China. Las bendiciones con que los portugueses rodeaban su nombre, el júbilo que ostentaban á su paso, y el relato de los innumerables obstáculos que le restaban superar para penetrar en aquel país, nada fué capaz de impresionar su imaginación. Pusiéronle en relacion con los indígenas, quienes maravillados de su doctrina le aconsejan que pase á su patria, añadiendo, para estimularle más, que el emperador había enviado á varios hombres doctos para que estudiasen en el extranjero la diferencia de religiones.

Transportado de júbilo Javier al oír esta noticia se resuelve á entrar en una lancha en aquel territorio, pero viendo los comerciantes portugueses que tal vez aquel paso podría perjudicarles en sus intereses, le suplican que espere el momento de su partida, y el Santo se ve obligado á ceder á sus instancias.

Empero, cuando suena la hora de su entrada en aquel vasto reino, cuando ya no ponen trabas á su ardor los motivos humanos, se ve nuestro Apóstol acometido de una fiebre abrasadora, hallándose solo, desnudo y expuesto en la ribera á la intemperie de la estación. Siente que se acerca el término de su vida, lo predice en términos formales, y sólo se queja de no vivir lo bastante para franquear á sus sucesores el Imperio que se presenta á su vista.

Compadecido un portugués le recoge en su cabaña: el mal progresa rápidamente; los remedios que se le prodigan sirven de nuevo alimento á la calentura que le consume, y se abisma en un prolongado delirio.

Aun en medio de este acceso continúa Javier siendo misionero; canta himnos de gratitud al Todopoderoso; dirige al cielo aspiraciones caritativas y plegarias por los gentiles, cuya conversión no le ha dado tiempo á realizar su enfermedad: marcha, marcha todavía, como cuando la salud y la fe le sostenían en sus arriesgadas expediciones; y camina, hasta que consumido por los trabajos, abrumado por la fatiga y jadeando bajo el peso de millones de almas arrancadas al error, cae como

un nuevo Alejandro de las Misiones sobre aquella tierra que sus competidores pasarán á fertilizar.

El 2 de Diciembre de 1552 espiró san Francisco Javier, cuando apenas contaba cuarenta y seis años. ¡Flor temprana que, después de haber esparcido la semilla de su hermosura y fragancia sobre tantos países semi-salvajes, quiso Dios trasladar á su jardín celestial! Se le enterró á la orilla del mar, y se echó cal viva sobre su cuerpo, á fin de que consumidas pronto las carnes, pudiesen sus huesos ser trasladados á las Indias; pero, transcurridos más de dos meses, se halló su cuerpo tan fresco y entero que parecía el de una persona viva, con el ropaje intacto y exhalando un grato aroma. Fué trasladado á Goa y enterrado con la mayor devoción y con todos los honores que pudieron tributársele.

Entonces fué cuando se presentaron á la vista de todos su nombre, sus virtudes, sus milagros, la multitud de sus viajes, el fruto de su predicación en todo el

Oriente, y los beneficios que su mediación con Dios había obtenido en favor de la humanidad y consuelo de las familias. Las costas en que había predicado el Evangelio; las regiones que había visitado en seguimiento de los salvajes para comunicarles por medio de la cruz un gusto anticipado de la civilización; las islas que había bañado con su sudor, y que los misioneros que fueron en pos de sus huellas regaron con su sangre; todas estas poblaciones desconocidas entre sí se reunieron con un sentimiento unánime de terreno dolor y de júbilo santo. Tributaban lágrimas de amargura en honor del Apóstol que la muerte les había arreba-

tado, é imploraban el auxilio del santo Protector que vigilaba por su suerte desde lo alto de los cielos.

Todos aquellos reinos que Javier había conquistado tributaron homenaje á su memoria: su ataúd fué llevado en triunfo y rodeado de la pública veneración; los pueblos se agolpaban á su paso; izáronse en el mar las banderas de todas las naciones, y hasta los embajadores del Gran Mogol fueron, aunque mahometanos, á inclinarse ante aquel cuerpo que ha respetado siempre la putrefacción.

LA ISLA DE SANCIAN.

El 20 de Noviembre de 1864, en el vapor americano *Hankon*, llegaron veinte peregrinos á la isla de Sancian para venerar el primitivo sepulcro de san Francisco Javier, que se hallaba á la sazón en el más lamentable abandono. Estos peregrinos eran los primeros que desde 1815 visitaban el lugar en que el gran Apóstol de las Indias rindió su último suspiro.



RDO. VÍCTOR MARÍA DEGUETTE, misionero de Corea. (Pág. 510).

El P. Rondina, de la Compañía de Jesús, entonces misionero en China, celebró el santo sacrificio de la Misa en un improvisado altar, é hizo una plática tan conmovedora, que las lágrimas asomaron á los ojos de cuantos se hallaban allí presentes.

Nuestro primer grabado representa una de las escenas de tan expansiva peregrinación, segun fotografía debida á uno de los mismos peregrinos. En primer término, y á la derecha de la losa sepulcral, está de rodillas el P. Rondina; á la izquierda el P. Cahill, irlandés, superior de los Jesuitas de Macao; á la derecha del P. Rondina, en traje chino, un misionero del Seminario de las Misiones extranjeras de París y algunos portugueses de Macao.

Nuestro grabado da, en cierto modo, una idea histórica del lugar en que permaneció por espacio de setenta y siete dias el cuerpo de san Francisco Javier (del 2 de Diciembre de 1552 al 17 de Febrero de 1553), y en el cual se levantó hace pocos años un monumento que perpetuase la memoria del gran Apóstol, sirviendo al propio tiempo para la propagación del catolicismo en la comarca.

Concibió este proyecto el Ilmo. Guillemín, vicario apostólico de Canton, secundándole con entusiasmo el conde de Lallemant, ministro plenipotenciario de Francia, quien obtuvo del Gobierno chino la cesión de la misma roca santificada por el último suspiro de Francisco Javier. Sin embargo de que la cuestión diplomática no dejó de ofrecer algunas dificultades para que se resolviera, no fueron menores las que se presentaron para su ejecución, siendo necesario obrar sin pérdida de tiempo, so pena de ver modificada ó retirada la autorización del Gobierno chino. Era preciso ir á buscar á más de cincuenta leguas de distancia, no solamente los operarios, sino también los materiales, ladrillos, tejas, etc., á pesar de las tempestades que azotan frecuentemente aquellos parajes y de los piratas que infestaban sus costas; y se carecía por otra parte de recursos para empezar y llevar á feliz término tan vasta empresa.

Pues bien; en el periodo de solos dos años construyó el Ilmo. Guillemín:

- 1.º Una capilla en el mismo punto en que murió san Francisco Javier en 1552.
- 2.º Una iglesia inmediata al pueblo, con una casa-escuela para los niños, y una residencia para el misionero.
- 3.º Una pirámide en cuyo vértice debía fijarse una cruz que, divisada desde el mar á larga distancia, pudiese servir de punto de mira, á la vez que recordar al viajero un hecho grande de la historia de las Misiones, y ser un día, así lo esperamos, la señal de la toma de posesión, en nombre de Jesucristo, del Imperio más antiguo del mundo.

La capilla de San Francisco Javier es de estilo ojival y de modestas proporciones: veinte metros de largo por diez de ancho, con una torre de veinte y tres á veinte y cuatro metros de altura.

Tres pequeños altares decoran la capilla: el del medio, de madera preciosa, fué construido segun un modelo del siglo XIII.

En el centro de ella se encuentra el sitio donde san Francisco entregó su alma al Creador: está cubierto con una piedra de granito, de dos metros de largo por sesenta y cinco centímetros de ancho, y contiene grabada la inscripción siguiente:

AQUÍ FOI SEPULTADO SANTO FRANCISCO XAVIER
DA COMPANHIA DE JESÚS
APOSTOLO DE ORIENTE..

ESTO PADRAO SE LEVANTOU NO ANNO 1639.

«Aquí fué sepultado san Francisco Javier, de la Compañía de Jesús, apóstol de Oriente. Este monumento le fué levantado en 1639.»

Merced al cielo del Ilmo. Guillemín, esta piedra se rodeó de un marco de mármol blanco, esculpiéndose en ella una guirnalda de flores y una corona con esta inscripción: *In morte vita.*

Tan luego como se terminaron los trabajos de construcción procedió á la bendición de la capilla, cuya ceremonia se efectuó el 25 de Abril de 1869, con asistencia de doscientos ingleses que hicieron el viaje en un barco de vapor. También el gobernador de Macao despachó un pequeño *brick* de guerra que fuera portador de sus felicitaciones á los misioneros y contribuyera á dar realce á la fiesta.

Conmovióse la población en masa de la isla, que cuenta unas 10,000 almas. Nueve diputaciones, precedidas respectivamente por otras tantas músicas, llegaron en procesion, llevando cada una un cerdo asado, á cuyo alrededor se agrupaban cinco ó seis ancianos. Estos fueron á arrodillarse delante de la capilla, suplicando al Obispo tuviera la dignación de aceptar su ofrenda en señal de su participación en aquella fiesta de familia, y de la esperanza que les animaba de alcanzar las bendiciones del cielo por intercesión de san Francisco Javier.

En cada uno de los dos dias que siguieron á la ceremonia, el Vicario apostólico obsequió con una comida campestre á los miembros de la diputación de los nueve pueblos, en número de ochenta, encargándoles que llevarán todos los niños. Hubo distribución general de pañuelos, cuchillos, tijeras, juguetes, etc., objetos para la mayor parte desconocidos, contribuyendo mucho esta largueza á que los misioneros se captasen más y más la benevolencia de la población.

Hemos recordado estos detalles para perfecto conocimiento de la vista que damos de Sancian (pág. 508), en la que figura el singular cortejo de los dones ofrecidos al Ilmo. Guillemín con motivo de la bendición de la capilla de San Francisco Javier.

COREA.

Creiendo que ha de interesar á nuestros lectores cuanto se refiere á la Iglesia de Corea, tan célebre por sus desgracias y por el número y heroísmo de sus mártires, vamos á publicar en nuestro idioma la relación que el misionero Deguette, cediendo á las instancias del Ilmo. Ridel, ha escrito sobre su cautiverio.

La persecución que estalló cuando el arresto del Vicario apostólico no fué por fortuna de larga duración. Verdad es que los cristianos, compañeros de cautiverio del Ilmo. Ridel, sucumbieron en las prisiones ó perecieron á manos del verdugo: durante algún tiempo los misioneros tuvieron que ocultarse, y los neófitos temer los peores tratamientos; pero, gracias á Dios, la calma sucedió á la tempestad, y no tardó en renacer la confianza. Los misioneros pudieron dejar sus escondites y continuar la administración de sus cristiandades, detenida por la persecución; la visita á los distritos pudo hacerse sin grandes dificultades; multitud de fieles tuvieron la dicha de recibir los Sacramentos, y muchos centenares de catecúmenos fueron bautizados. Después de una campaña tan ruda como fructuosa, los misioneros reposaban de sus fatigas, cuando de improviso en el mes de Junio una traición entregaba al Rdo. Deguette en manos de los perseguidores é introducía la confusión en el país y la desolación en medio de los cristianos.

El Rdo. Víctor-María Deguette, cuyo retrato damos en la pág. 509, completó sus estudios en el Seminario de las Misiones extranjeras y fué destinado á la Mision de Corea, para la cual se embarcó el 27 de Febrero de 1876. Habíale escogido el Ilmo. Ridel para llevar en compañía del Rdo. Blanc, nombrado provicario de la Mision, los primeros socorros á su Iglesia privada de Pastores desde la persecución de 1866. Ambos misioneros lograron penetrar en Corea; llegaron á Seul, la capital, el 11 de Mayo de 1876, y dieron comienzo á su peligroso apostolado, consiguiendo los más felices resultados.

Dejemos referir al animoso cautivo por Jesucristo los sucesos en los cuales la Divina Providencia quiso que tomase una parte gloriosa y principal.

I.

Nuestra Señora de las Nieves (Mandchuria),
21 de Noviembre de 1879.

¡Ah! ya no me encuentro en Corea; y ¿cómo decirlo todo lo que pasa ahora en mi corazón; la tristeza, el dolor, la amargura que siento al pensar en mis compañeros y en los cristianos á quienes tanto amaba y de los cuales me he visto tan bruscamente separado?

Era en la madrugada del 15 de Mayo de 1879, y me hallaba todavía en la cama cuando me despertó un extraño ruido, acompañado de estos gritos:

—¡Alerta!... ¡mira que va á saltar la cerca!... ¡Que se escapa!... ¡cógedle!...

Lleno de sorpresa, vestíme al punto y me dispuse á salir para ver qué ocurría, cuando en el acto se abrió la puerta y penetraron en mi estancia dos hombres preguntándome:

—¿Eres tú á quien llaman Tchoi Simpu (el P. Tchoi)?

—Sí, yo soy, respondí con calma.

Y comprendiendo entonces con quiénes tenía que habérmelas, presenté mis manos, diciendo:

—Prendedme, haced cuanto os plazca, soy vuestro prisionero.

—¡Oh! no! exclamó el jefe de los satélites; no intentamos maltratarte. Verdad es que hemos venido á prenderte; pero como el Gobierno nos ha ordenado respetar tu persona, no podemos ni queremos causarte el menor daño. Tranquilízate, pues, y aún puedo asegurarte que dentro dos ó tres meses te mandarán á tu país, como hicieron con el Obispo el año pasado.

Esto diciendo, dió sus órdenes, y al punto entraron los demás satélites. Cogieron á todos los de la casa, y entregáronla al saqueo, de modo que durante algunas horas ocurrió una escena imposible de describir, armándose tal confusion y algarabía que es preciso ser testigo de ella para poderse formar una idea cabal. Al oír sus gritos, sus disputas, las injurias que recíprocamente se dirigian, hubiéraseles tomado por otras tantas bestias feroces que se disputaban su presa.

No obstante, respetaron todos los objetos de mi capilla, y tomando nota de ellos, pusieronlos á un lado, haciendo lo mismo con mi dinero y mis libros.

—Todo esto, me decian, se te devolverá más adelante.

Viendo uno de ellos mi reloj colgado en la pared y mirándolo con ojo codicioso, díjome:

—Mete este reloj en tu faltriquera, que buen servicio te prestará durante el camino.

Paréceme que hubiera preferido meterlo en la suya; de todos modos, tomándolo él mismo y despues de examinarlo detenidamente, me lo entregó exclamando:

—¡*Myohata!* (¡Es una maravilla!)

Mientras tanto fuéron tambien á caza de los cristianos que se encontraban en el pueblo, y todos, hombres, mujeres y niños, fueron conducidos á mi casa cargados de cadenas. Algunos, empero, habian logrado escaparse, entre ellos mi fámulo, lo cual me explica los gritos que oí al despertarme; si bien no tardó en ser alcanzado por uno de los satélites, más ligero y robusto que él. Son de presumir los golpes é injurias que sobre el fugitivo descargaron.

¡Pobres cristianos! Estaban todos reunidos en el mismo aposento que nos servia momentáneamente de prision, y en donde la víspera habíamos participado todos, con corazon libre y gozoso, del santo sacrificio de la misa! La tristeza y el asombro estaban pintados en todos los semblantes. Contemplábamos enternecidos los hierros, las ataduras que nos retenian cautivos: mirábamos á los satélites, los satélites nos miraban, y nadie desplegaba los labios. Pero ¡cuántas cosas expresaba este silencio! ¡cuántas reflexiones, cuántos pensamientos ocupaban nuestra imaginacion! Sobre todo ¡qué dolor el mio en aquellos momentos! Pero, en fin, habiendo permitido Dios nuestro Señor todo esto, una sola cosa teníamos que decir: *fiat voluntas tua!* y una sola cosa que hacer: aceptarlo todo con amor y resignacion, y hacer generosamente el sacrificio de nuestra libertad, y, si era preciso, de nuestra vida.

—Padre, me decian mis queridos cristianos, no podemos forjarnos ilusion alguna; para todos habrá llegado la hora suprema; rogad por nosotros, dadnos una postrera absolucion.

Aprovechando entonces un instante libre en que nuestros guardianes, preocupados sobre todo por sus

deseos de rapiña, habian ido aflojando su vigilancia, pude entenderme secretamente con mis cristianos y satisfacer su piadosa demanda. Aproveché tambien esta circunstancia para retirar todas mis cartas y papeles, así como algunos lingotes de plata que entregué á una de las mujeres de la casa, con buen resultado, pues dicha cristiana, maniatada un momento con los demás, fué dejada en libertad el mismo dia por su mucha edad y quebrantada salud.

Entre nueve y diez horas los satélites nos trajeron un poco de arroz que ellos mismos habian preparado. Comimos todos de él, y cuando nuestros guardianes hubieron concluido, preguntáronme si tenia vino, por supuesto, vino europeo. Hace mucho tiempo conocen el de decir misa, y os aseguro que lo encuentran muy bueno. Como todavía me quedaba una botella, saquéla de mi caja y se la hice presentar; pero el jefe de los satélites me la devolvió á su vez, diciéndome:

—Bebe antes un poco, que te hará bien.

Bebí é hice pasar la taza á mis cristianos.

En fin, estando todo dispuesto, se nos dió la señal de partir. Mis cristianos salieron al patio encadenados de dos en dos y atados juntos con una larga cuerda que tenia uno de los satélites. A mí me ataron separadamente, dejándome las manos libres. Conducíame un soldado y precedia á todos mis compañeros de prision. Al salir del patio tuvimos que atravesar una inmensa muchedumbre de curiosos, paganos de la vecindad, que habian acudido con el doble objeto de verme y de comprar ó robar los objetos que nos pertenecian. Esos paganos, que nunca habian visto á un europeo, no se hartaban de contemplarme, y naturalmente fui objeto de su risa y de sus conversaciones. Con todo, su actitud no era mala, y ninguno de ellos profirió, que yo sepa, el menor insulto. Hasta parecian mirar con cierto sentimiento de compasion á los cristianos, cuyos amigos eran en su mayor parte, ó cuando menos conocidos, y con los cuales habian alguna vez mantenido relaciones.

Desfilámos ante ellos en número de catorce, sin contar los pequeñuelos que nos seguian y que no querian abandonar á sus madres. ¡Pobres niños! ¿No era, en efecto, preferible para ellos morir á manos del verdugo que ser vendidos y caer en poder de los paganos, para convertirse luego en esclavos del demonio?

—¡Idos lejos de aquí! les gritaban sin cesar los satélites hiriéndoles; ¡marchad presto!

Pero los pobrecitos no cesaban de seguirnos llorando. Evidentemente los satélites, aunque crueles é inhumanos, sentian por ellos cierta compasion; pero hubieran debido comprender lo que les decia una de estas madres cristianas que llamaba á su hija y le invitaba á seguirla:

—No persistais, pues al fin ¿á dónde quereis que vayan estos infelices? ¿No veis que al privarles de su madre y de todo les imposibilitais de vivir?

Y al decir esto, con lágrimas en los ojos, tomó á su niña por la mano. Dichas palabras, pronunciadas con tono conmovido, creo que causaron alguna impresion en los satélites; lo cierto es que quedaron sin réplica y que los niños pudieron seguirnos hasta la cárcel.

Aquel mismo dia debíamos ir á Kong-tjyu, capital de la provincia. El camino era solamente de 30 *lis* (3 leguas), pero á causa de los niños y de algunos ancianos

tuvimos que marchar con suma lentitud. Por la tarde, cuando entráramos en la ciudad, nadie nos hacia caso, tomándonos sin duda por ladrones ó criminales ordinarios. Sobre todo, nadie sabia que yo estuviese allí, ó que hubiese un extranjero. Pero apenas comenzó á divulgarse la noticia, nadie es capaz de imaginar la agitación y el tumulto que produjo. En un instante corrió toda la plebe como río desbordado, invadiendo la prefectura de policía y llevando á tal punto sus desafueros, que los pretorianos, para resguardarme un poco y hacer respetar su autoridad, tuvieron que apelar á medidas de rigor. Sin embargo, no tuvieron más remedio que ceder, y finalmente dejaron el campo libre á las turbas. Entonces me vi completamente asediado. Todos querían ver, hablar, hacer mil preguntas, y hasta tocar, si se lo hubiese permitido, á un hombre en quien todo les parecia extraordinario.

El mismo mandarin, tan niño como todos, no quiso ser menos: hízome comparecer á su presencia, y despues de contemplarme á placer y preguntarme mi nombre, edad, etc., me despidió diciéndome con tono amable:

— *Hpyeng-an-i sui-e.* (Descansa en paz).

Mis cristianos fueron también interrogados uno á uno y á poca diferencia en el mismo sentido. Allí les dejé, y nos separáramos sin poder cambiar una pala-

bra de mútuo consuelo. Yo fuí conducido otra vez al pretorio, y ellos á la cárcel de los ladrones.

Llegada la noche trajéronme arroz, pero apenas lo probé. Poco despues, aquejándome un fuerte dolor de cabeza, fatigado de todo el día, para concluir de una vez con todas las preguntas enojosas, más ó menos absurdas y á menudo obscenas de mis visitantes, pedí que se me dejara solo y manifesté deseos de descansar. Al fin dejáronme en paz, y probé de dormir, pero en vano, pues tenia enfermo el corazón y la imaginación toda llena de los incidentes del día, y pensaba también continuamente en mis cristianos, en mis tres compañeros los Rdos. Blanc, Robert y Doucet, y en las desastrosas consecuencias de la nueva persecución.

Absorbido en estos pensamientos, y cuando apenas habia transcurrido una hora, oí fuera un gran ruido. Entonces se me acercó álguien, y tocándome la mano dijo:

— Levántate presto y sígueme.

Seguíle en efecto, y me encontré luego en la calle, donde esperaban treinta soldados en doble hilera, llevando todos una larga antorcha encendida. Dos de ellos me cogen por el vestido, y sin decir palabra me invitan á marchar. ¿A dónde íbamos? ¿qué se proponían? Era para mí un enigma, y no pensé más que en elevar mi corazón á Dios, encomendarme á la santísima Virgen, y dispuesto á todo evento poner en sus manos mi alma y cuerpo.

Los soldados movían grande algazara con sus risas y voces descompasadas, acompañadas de gestos que parecían amenazadores. Despues de cinco minutos de marcha, deteniéndose aquella tropa en frente de un gran portal, por donde entramos en un gran patio. Entonces mis conductores forman un círculo á mi alrededor. Acércaseme uno de ellos en nombre de todos, y frunciendo las cejas y cogiéndome de la barba, aunque sin hacerme daño

y sin permitírselo más que un instante, me hace diversas preguntas, á las cuales no me creo obligado á responder. Por un momento creí que iban á ponerme en tortura, pero de repente, á una señal dada y habiéndose oído resonar muchas voces, abrióse otra puerta y se nos dió orden de entrar. Entonces mi interlocutor, asiéndome con violencia por los cabellos, me condujo ó me-

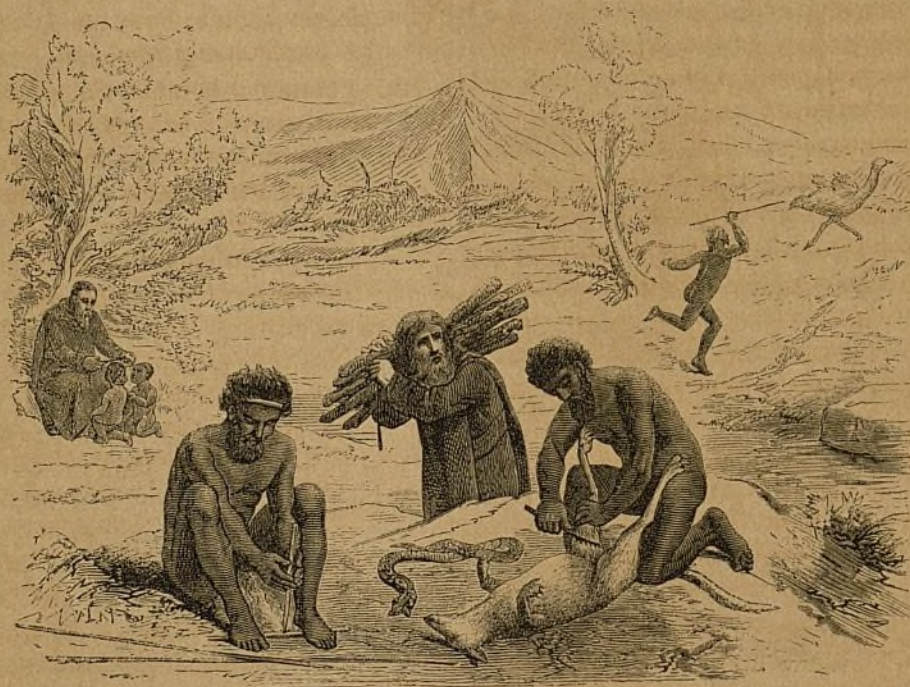
jor me arrastró á paso de carga á otro patio inmediato al primero, hasta que deteniéndose repentinamente gritó:

— ¡Arrodíllate y póstrate!

Y temiendo que no obedeciese, obligóme á hincarme con singular desenfado, apretándome con toda su fuerza en la cabeza. Postrado así en tierra, quedéme en esta posición en la certeza de que iban á aplicarme una buena azotaina.

— Levántate, — añadió al momento sacudiéndome con fuerza; y alzando la cabeza miré delante y á mi alrededor.

Hallábame de nuevo en presencia del mandarin. Vi reunida allí una inmensa muchedumbre, todo un mundo de espectadores. En el fondo el tribunal, el juez y todos los asistentes; á derecha é izquierda doble hilera de soldados, y junto á mí un hombre encargado de transmitirme las palabras del mandarin. La sala del tribunal, iluminada con grandes linternas rojas, ofrecía un aspec-



NUEVA-NURSIA.—Australianos preparando el fuego para la caza. (Pág. 521).

to solemne, imponente, terrorífico. Gracias á Dios no conocí el miedo; mi corazón estaba tranquilo y dispuesto á todo.

El juez me preguntó mi nombre y edad; cuándo y cómo y con quién había venido á Corea; puntos donde había vivido durante tres años; mis propósitos; en dónde residían los demás europeos y cuántos eran; con qué cristianos había mantenido relaciones, sus nombres y domicilios, etc., etc., preguntas á las cuales respondí ó no, según me lo ordenaba la prudencia ó la caridad.

—Si no quieres responder, me dijo al fin, ya encontraremos un medio para que cantes largo... veremos, por ejemplo, si te sobran fuerzas para aguantar en tus espaldas un fuerte vapuleo y para sufrir crueles tormentos.

—Haz todo lo que quieras, le repliqué; aun cuando debiese morir mil veces en medio de los suplicios, jamás consentiré en revelar cosas en las que estén comprometidos mi honor y mi fe, el interés y la salud del prójimo!... ¡La caridad y la justicia me lo prohíben!

A estas palabras, comprendiendo que era inútil insistir, contento por otra parte con haberme visto y hablado, lo cual creo que era todo el objeto que se proponía, es decir, probarme primeramente y después reír un poco con sus amigos, y como por su propia autoridad nada podía, ordenó que me retirasen de allí. Levantéme, pues, y como la primera vez hice el ejercicio con mi soldado. En pocos instantes atravesamos el patio, y volviendo al cuerpo de guardia, acostéme y dormí tranquilamente el resto de la noche.

ÁFRICA ECUATORIAL.

DE BAGAMOYO Á LOS LAGOS NYANZA Y TANGANIKA.

I.

DE TABORA AL LAGO VICTORIA-NYANZA.

(Continuacion).

Lunes, 2. — Por la madrugada vamos el P. Lourdel y yo, acompañados de algunos *askaris*, á visitar al *mtemi*. El barrio en que vive está situado en una hondonada cenagosa, y sus callejones son sucios y hediondos. La habitación del monarca sólo se distingue de las demás por un pequeño pabellón, encima del cual hay un cráneo humano, horrible trofeo de alguna victoria. El *mtemi* nos recibe bajo el estrecho soportal de su cabaña. Decimosle que los *wuasungus* son amigos de todos los sultanes, y como testimonio de nuestras buenas disposiciones le ofrecemos 5 *dotis* de telas variadas.

Aquel negro coronado acoge nuestras palabras con la mayor indiferencia. Cuenta una y otra vez los *dotis*, los examina escrupulosamente, y al fin declara que el regalo es insuficiente y que necesita 5 *dotis* más. Entonces agotamos toda nuestra elocuencia para demostrarle la sinrazón de manifestarse tan exigente con los *wuasungus*, amigos de Mirambo, que podría muy bien hacerle arrepentir de su codicia. Al fin conseguimos que nos rebaje 3 *dotis*. Habíamos venido á ofrecerle una muestra de amistad, y nos vemos obligados á cuestionar sobre un verdadero *bugo*, ó tributo, cuando por otra parte los árabes de Tabora nos han asegurado que no debe pagarse en el camino del Nyanza.

Nos despedimos del *mtemi*, que se sonríe un poco y protesta que es y quiere continuar siendo nuestro amigo.

Los jefes de la caravana árabe vienen á encontrarnos, y queda resuelto que enviaremos un presente de 7 *dotis* á dos sultanes enemigos, á los cuales nada han ofrecido todavía los árabes. Estos últimos añadirán á cada presente 3 *dotis* en señal de amistad: pretenden haber ganado ya con sus dones á otros dos sultanes, y añaden que nos bastará enviarles 3 *dotis* á cada uno en prenda de la amistad que les profesamos. Los diversos regalos serán llevados por los hombres de Said-ben-Selim, conocido y respetado en el país; costándonos no poco esfuerzo encontrar entre nuestros quince *askaris* un hombre bastante animoso para acompañarles.

Por la tarde los *wataturus* se apoderan de una de nuestras acémilas que se había alejado un poco. Siguenles la pista nuestros soldados y regresan con el imprudente cuadrúpedo.

Martes, 3. — Comenzamos una novena para ponernos bajo la protección de nuestros Angeles custodios, y aguardamos no sin alguna inquietud la vuelta de nuestros emisarios á los sultanes enemigos.

Llegan al fin por la tarde. Su misión ha obtenido el éxito más lisonjero; pues los que debían combatirnos se han convertido en amigos nuestros, y han dado órdenes para que sus soldados abandonen la selva, cuyos senderos guardaban.

Gambaeta nos promete algunos hombres de confianza para nuestra escolta, con la condición de que le regalemos un fusil.

Ocupámonos sin retardo en contratar los bagajeros que necesitamos, pero el sultán de Nguru no quiere proporcionarnoslos sino al precio exorbitante de 4 *dotis* por dos días de marcha. En vista de semejante exigencia, nos dirigimos á los jefes de la caravana árabe, pidiéndoles nos envíen sus *pagaçis* para que lleven nuestros bagajes hasta Machimba, en donde nos será fácil encontrar otros, gracias á las buenas disposiciones del sultán de aquella tribu. Nos prometen acceder á nuestro deseo, dado caso que Nguru no se muestre más razonable.

Miércoles, 4. — El hombre de Said-ben-Selim queda encargado de llevar á Gambaeta el fusil que desea. Pedimos al sultán de Nguru su última palabra respecto de los *pagaçis*, y en lugar de los 4 *dotis* nos reclama 5, añadiendo que tomará las armas contra los unyamuezis de las demás tribus que vengan á ofrecernos sus servicios. No es posible llevar más lejos la insolencia. Nuestros *askaris* están consternados, pues esta pobre gente sólo muestra valentía cuando nada hay que temer. Por nuestra parte nos abandonamos con entera confianza en manos de Aquel que ha contado los cabellos de nuestras cabezas y que ha prometido guardarnos como las niñas de sus ojos. De repente y sin saber la causa el *mtemi*, cambiando de tono, nos envía á decir que por un *pendè* nos proporcionará bagajeros hasta Machimba. ¡Bendito sea Dios! Organizamos á toda prisa la caravana, y antes de medio día damos la señal de marcha, tomando la dirección Norte-Noroeste por un territorio accidentado. Delante de nosotros descuella en el horizonte una cordillera de montes cubiertos de espesura, extendiéndose de Este á Oeste. El hijo del *mtemi* de Machimba ha venido á nuestro encuentro hasta Nguru. Es

un muchacho de unos trece años, con trazas de revoltoso, y anda muy estirado con el fusil del P. Girault.

A las tres llegamos á Machimba, y los jefes de la caravana árabe acampada aquí vienen á darnos la bienvenida. El sultan parece satisfecho con los 7 *dotis* que añadimos al regalo de anteayer. Nuestros sombreros excitan singularmente su curiosidad, y véome obligado á prestarle por algunos momentos el mio. Ufano con él, va á mostrarse á todos los de su casa, que le saludan con grandes risotadas.

La poblacion parece sencilla y buena.

El P. Girault y yo nos acomodaremos en un estrecho compartimiento del *tembé*, en compañía de un enjambre de polluelos que de continuo tememos aplastar bajo nuestros piés.

Jueves, 5.— Los hombres de Machimba, no obstante lo bien dispuestos que están, quieren 4 *dotis* para conducir nuestros bagajes hasta la tribu de Samui, allende la selva, á la distancia de dos jornadas; temiendo ser atacados, á su regreso, por los bandidos que infestan el país.

Ha regresado el hombre de Said-ben-Selim. El sultan Gambaeta nos enviará dos hombres para que nos acompañen hasta Samui. No llegarán hasta mañana, pues hoy están atareados en hacer sortilegios para saber cuál de tres senderos deberán seguir á fin de atravesar con felicidad la temible selva.

Gambaeta lamenta la poca solicitud del sultan de Machimba en proporcionar á módico precio bagajeros á los blancos que tan buenos han sido para él, y concluye instando al negro monarca á que nos proporcione hombres por 2 *dotis*.

Luego nos hace observar que mañana es un día nefasto para los wanguanas, y que obraríamos más acertadamente aplazando para pasado mañana nuestra partida. Con todo, sabiendo por experiencia cuán funesta es para las caravanas una larga permanencia en un mismo punto, avisamos nuestra partida para mañana, con gran descontento de los wanguanas de ambas caravanas, que, si bien acceden á seguirnos, aseguran que nos sucederá alguna desgracia.

Viernes, 6.— La noche pasada hemos tenido una violenta tempestad. Nuestros bagajes, al abrigo de nuestra mala tienda, no han sufrido tanto como era de temer. Las nubes que cubren el cielo parecen presagiar aún nuevos chaparrones. Organizamos nuestra caravana, y á las siete y media hacemos la señal de partida. La caravana árabe, que á toda costa quiere viajar con nosotros, viene en nuestro seguimiento. En breve comienza á llover, y el cielo se encapota cada vez más.

Emprender un viaje de dos jornadas á través de una selva y con semejante tiempo sería exponer grandemente nuestros bagajes. Damos, pues, orden de hacer alto en Polia-Chimba, pueblo situado á la entrada de la selva. Hemos caminado media hora hácia el Norte. Nuestros bagajes son amontonados cuidadosamente sobre ramas de árboles, resguardados de la lluvia por medio de las telas de nuestras dos tiendas.

Por albergue nos dan un compartimiento bastante espacioso del *tembé*, aunque muy sucio. El pueblo en que estamos acampados pertenece á la tribu de Machimba, y se distingue por una especie de torre bastante ele-

vada, groseramente construida con piezas de madera atadas con cuerdas de corteza de árbol.

A su cabeza se halla un *mugni-mgui* (señor del pueblo), á quien llaman también *manangua*. No tardamos en recibir su visita. Nos ofrece una cabra, y por nuestra parte le entregamos 2 *dotis* de *koniki*, que parece no le dejan muy satisfecho.

Esta mañana hemos tenido que dejar en Machimba el *askaris* que nos hacia de intérprete. Al dejar Zanzibar teníamos dos hombres destinados á llenar este cargo. Uno de ellos, llamado Juan Bautista no obstante ser musulman, poseia regularmente el francés, nos era muy adicto, y nos ha prestado grandes servicios hasta el Unyanyembé. En este momento está con nuestros hermanos de Ujiji. El otro, llamado Bonifacio, conocia poco el francés, y en Tabora fué indicado para acompañar á los Padres de la Mision del Nyanza. Como soldado, ha cumplido generalmente bien con su deber; mas como intérprete nos era más perjudicial que útil, diciendo casi siempre lo contrario de lo que queríamos expresar. Sabiendo todos un poco el kisuhoholi, preferíamos pasarnos sin él. En las circunstancias extraordinarias recurriamos al P. Lourdel, que era más hábil en esta lengua.

Al despedir á Bonifacio le he recordado sus deberes de cristiano y entregado algunos socorros que le permitan volver á la costa.

Sábado, 7.— Nos levantamos muy tempranito, y ponemos la caravana á punto de marcha lo más presto posible. Los hombres de Gambaeta no han llegado: no habiéndonos encontrado ayer en Machimba, volviéronse.

Mientras estábamos ocupados en hacer atar y desatar *mitumbas* (lios de los bagajeros), cállanse repentinamente todas las voces de la caravana. Los unyamuezis prestan oído, y luego lanzando el grito de ¡*Vita! ¡vita!* «¡la guerra! ¡la guerra!» dejan nuestros paquetes y se dirigen precipitadamente hácia el lugar en donde su fino oído ha notado el fuego de fusilería. El unyamuezi está siempre en pié de guerra; nunca sale de su cabaña sino armado de dos lanzas, arco y flechas, si no es bastante rico para proporcionarse un fusil.

¿Por qué esta declaracion de guerra? ¿Quién es el agresor? Nadie lo sabe. Lo cierto é indudable es que la tribu ha sido atacada.

Hacemos entrar nuevamente nuestros bagajes en el interior del *tembé* por nuestros *askaris* y por los *pagaizis* enviados de Kuihara que nos quedan todavía. Lo mismo hace la caravana árabe. El Mugni-Mgui ó Manguana ha rodeado su cabeza con una pieza de tela blanca, ha empuñado su lanza, y con semblante airado va y viene, pero es bastante discreto para no exponer su noble persona; y mientras sus hombres vuelan al combate, quédase prudentemente encerrado en el recinto de su pueblo. Algunos negros han subido á la torre y permanecen como atalayas para señalar la presencia del enemigo, si llega el caso.

Es la primera vez que nos hallamos en país de guerra, y nos preguntamos, no sin ansiedad, cuál será el desenlace de la terrible tragedia que acaba de comenzar. Confiamos empero que la divina Providencia, que vela solicita por los misioneros, nos preservará de todo peligro.

Hacemos llamar á los jefes de la caravana árabe para saber lo que piensan sobre la situación, y nos dicen que el enemigo, sea el que fuere, se guardará muy bien de atacar un pueblo que sabe está guardado por los fusiles de dos fuertes caravanas. Prohibimos respectivamente á todos nuestros soldados ir á tomar parte en el combate, y en efecto ningún ataque se intenta contra el pueblo en que estamos acampados.

Más tarde sabemos que el hermano de Mirambo ha venido á atacar los *tembès* vecinos. Muchos pueblos han sido ya presa de las llamas. Siendo inútil que contemos con los habitantes de Machimba para llevar los bagajes, nos apresuramos á enviar algunos comisionados con presentes al sultán de Samui, rogándole nos envíe 90 *pagañis*.

Al buscar los 2 *dotis* de tela de color que destinamos á ese sultán, descubrimos el robo de 20 piezas de un precio bastante subido. Según todas probabilidades lo han cometido nuestros soldados; pero es imposible investigar, pues la caravana árabe que viaja con nosotros hace vanas todas las pesquisas para descubrir el hurto cometido.

Por la tarde estalla una violenta tempestad.

ÁFRICA AUSTRAL.

(Continuacion.—Pág. 491).

Las cartas de los Padres nos refieren muchas anécdotas que nos dan á conocer el estado de aquella sociedad, el carácter del Rey, y otros puntos que llenan el corazón de grandes esperanzas para el porvenir.

La residencia principal del Rey es Gubulawayo, que dista siete millas del lugar en que los Padres le encontraron la primera vez. Gubulawayo está situada en medio de las montañas del Matoppo, que separan el Zambese del Limpopo. La ciudad, extendida sobre una llanura de una milla cuadrada, se levanta cerca de 600 piés sobre los valles que la rodean, por lo que tiene magníficas vistas, y el clima es sumamente saludable.

Los europeos que allí residen se reducen á unos cuantos negociantes que cambian las mercaderías de Europa por pieles y marfil, que son los productos de estas regiones. Cualquiera que sea el permiso que tengan para establecerse, no poseen ni un palmo de tierra y sólo cultivan el sitio que ocupan con beneplácito del Rey, que es dueño de todo el terreno. Mientras la guerra de los zulús, la situación de los europeos era muy angustiosa. Aquella guerra se miraba como un acto de valor que habia de decidir el predominio de la raza blanca sobre la negra. La catástrofe de Isandulana quitó por un instante la confianza que se tenia en la omnipotencia de las armas británicas, y no es fácil calcular cuáles hubieran sido las consecuencias si hubiera sobrevenido un segundo desastre. Un pequeño accidente de otra naturaleza llevó un día la consternación á los europeos. El hijo de un mercader sueco rompió inadvertidamente un vaso de tierra cocida que pertenecía al Rey. Este se indignó mucho, y llamando al padre del delincuente le dió con su terrible mano un fuerte apretón en el brazo, ó según otros le arrancó con fuerza una parte de la barba. Lo cierto es que la cólera de Lo-Bengula alarmó á los europeos. Estos se reunieron en consejo y co-

misionaron á uno de los principales para suplicar al Rey que no volviese á poner la mano en ningún blanco, porque con su ejemplo podía excitar á su pueblo en contra suya y sería difícil prever las graves consecuencias que sobrevendrían en daño de los europeos. El Rey respondió con dignidad, diciendo que su enojo sólo era contra los suecos, y que ninguno temiese, porque él sabía muy bien contener á su pueblo. Al día siguiente Lo-Bengula mandó de regalo á los Padres un hermoso carnero para manifestarles que su mal humor no se extendía á ellos.

El día 4 de Octubre llegó á Gubulawayo la noticia de la derrota y captura de Cettiwayo. Dos ingleses fueron en seguida á comunicar el suceso al Rey, quien con grave continente les dió gracias por haberle informado de tales noticias. La noticia de tan gran victoria consoló sobremedera á los europeos; era, como enfáticamente se expresaba uno de ellos, el Waterloo del África meridional.

La cosa más fatal que se deplora aquí, así como en toda aquella parte del África, donde los jefes indígenas tienen el poder ejecutivo, es que la administración de justicia esté á cargo de los magos.

Demasiado á menudo sucede que si un buey se extravía ó tiene lugar un accidente de enfermedad ó de muerte, al instante es significada una persona como sospechosa ó de *mal olor*, según la expresión del lugar; y el mago, cuyos encantamientos son mirados con temor, le declara como causa de la desventura, costándole algunas veces la muerte. Y aún cuando el Rey tiene el poder absoluto, muchas veces no puede oponerse al torrente de la opinión en semejantes casos, y ha sucedido á veces que ha tenido que sacrificar personas amigas al inexorable decreto de la superchería de los magos. Una noche los bueyes de los misioneros se salieron del corral é hicieron considerable daño en un sembrado de mijo. Si la corriente de la opinión pública hubiera sido contraria á los Padres, ¿quién podría conjeturar cuán funestas hubieran sido las consecuencias? Por esto no tuvieron que pagar al dueño, en recompensa, más que tres mantas de lana y siete metros de tela de algodón. Para que el lector pueda juzgar de la gravedad de la multa, ha de saber que una manta, que cuesta 3 chelines en la colonia, vale en Gubulawayo una oveja. Y si el daño hubiese sido hecho de día, la ley manda que los animales sean muertos.

La larga dilación de la respuesta del Rey á los Padres les dió ocasiones favorables para adquirir y conservar amistosas relaciones con los mercaderes establecidos en los contornos de Gubulawayo, los cuales trataban á los Padres con toda cortesía y les ayudaban en sus relaciones con Su Majestad. De esta manera lograron poco á poco hacerse conocer mejor del Rey. Todos los días hacían una visita de cumplimiento á la regia habitación, y cada vez eran oídos con mayor afabilidad, excepto cuando el Rey tenía que despachar negocios. Un día le encontraron en el acto de pedir, con ritos supersticiosos, á las ánimas de sus antepasados, ó mejor dicho en el acto de consultarlas sobre el éxito de una batalla que estaba á punto de darse contra los masciouas. De este hecho de armas quisieron acaso hablar los diarios de la colonia cuando refirieron que el ejército de Lo-Bengula

había sido derrotado por los masciouas, cuya noticia no fué creída por los habitantes de Kimberley, porque conocían bien aquella gente; y las cartas de los Padres nos hacen creer lo contrario, porque nos dicen que los matabeles volvieron conduciendo prisioneros y bestias. Para dar una idea del carácter belicoso de este pueblo, baste decir que para dicha guerra eran tan apresurados los preparativos y tan común el deseo de tomar parte en ella, que en una ocasión no se encontró quien llevase el correo desde Gubulawayo á Tati, por cuyo motivo las cartas que escribieron los Padres tuvieron que volver atrás.

Entre tanto todos los días aumentaban las pruebas de confianza que el Rey y el pueblo daban á los misioneros. Sucedió un día que una serpiente apareció en medio de unas rocas y fueron inútiles todos los esfuerzos hechos por el pueblo para matarla. El Rey mandó por uno de los Padres, y éste de un pistoletazo certero dió muerte al terrible reptil. Otra vez hizo venir un mensajero desde 18 millas de distancia para decir á los Padres que un joven había sido mordido por una serpiente. El P. Law marchó incontinenti. El mismo Rey había mandado su caballo y una escolta para que le acompañase. Llegando á la habitación del paciente, le administró algunas medicinas, ordenándole que la tercera parte la tomase en seguida, otra tercera antes del medio día, y lo restante por la tarde. La sierpe era una especie de culebra, y la mordedura no era grave, lo cual no debe causar maravilla, porque es sabido que en ciertas estaciones las mordeduras no son tan venenosas. El hecho es que el joven sanó; y hemos de creer que el buen Angel custodió tuvo parte en esta cura, teniendo en cuenta la gran confianza que adquirieron los misioneros con este pequeño suceso. En todos los pueblos por donde el P. Law pasaba era bien acogido y regalado con queso.

Otro día vino en busca de los Padres mucha de esta pobre gente con la boca abierta enseñando los dientes que les causaban gran dolor, y el P. Croonenbergs era buscado por todas partes á causa de su pericia en la medicina. Las últimas cartas que han llegado de allá nos dicen que el mismo Rey, acometido por un ataque de gota, había recurrido á este Padre.

Lo que más impresionó á Lo-Bengula para que permitiera á los misioneros permanecer en el kraal (sitio real), fué la habilidad y destreza que tenían para las artes mecánicas. En la pág. 302 publicábamos la relación que uno de los misioneros hacía sobre la restauración del carruaje Real y sobre el triunfo que adquirió el H. Nigg con su máquina de coser.

También las grandes disposiciones del P. Croonenbergs para la pintura sirvieron á los misioneros á las mil maravillas para conseguir el fin sublime de su misión apostólica. El retrato de Su Majestad, pintado por él mismo, colmó su satisfacción. El autor tuvo plenísimas facultades para visitar todo el régio alcázar y penetrar hasta donde estaba prohibido á los demás bajo pena de muerte. Así pudo visitar el sitio en donde estaba enterrado el gran Mozilikazi (1), sitio tenido como sagrado y que ningún mortal puede pisar. El mismo Padre recibió la comisión del Rey para hacer un cuadro que representase un *gran baile* en el cual se viese al monarca dan-

zando en medio de su ejército, y llevando todos un rico traje de plumas de avestruz. Con esta danza pública se acostumbra solemnizar la fiesta de los primeros frutos, antes de la cual nadie puede tocar las nuevas primicias. El P. Law, testigo ocular de esta danza, dice que fué un espectáculo verdaderamente grandioso: cuatro mil hombres en traje de guerra, con soberbios penachos de plumas negras de avestruz en la cabeza, danzaban y cantaban, ya formando un cuadro, ya desfilando acá y allá con orden admirable. La pintura del P. Croonenbergs estaba destinada para regalarla al rey Umzila, y no dudamos que ha de servir para extender la fama de los misioneros.

A primera vista parecerá todo esto al lector una bagatela ó una adquisición de poca ó ninguna importancia, y se sentirá inclinado á preguntar con impaciencia cuándo comenzarán los importantes trabajos apostólicos propios del misionero. Mas, mirando un poco más á fondo el asunto, verá que esto es el fundamento sobre el cual el misionero ha de continuar el edificio. Es menester adaptar el trabajo á la materia sobre la cual se ha de obrar: el hierro debe ser ablandado antes de ser puesto en el yunque. Es necesario, ante todo, encontrar algo que pueda ser útil y apreciado por aquellos pobres salvajes, antes de iniciarles en las sublimes verdades que hasta ahora sólo han producido en sus oídos ingratos é inútiles sonidos. Lo que hicieron los célebres Jesuitas PP. Ricci, Schaal y Verbiest en China con las letras y con las ciencias, debe hacerse aquí con el hacha del carpintero, con la fragua y con la máquina de coser. El verdadero artista no desprecia nada de lo que, aunque remotamente, pueda servirle para la perfección de su trabajo, y es sabido que muchas veces, cuanto más remotos son los preparativos con que comienza la obra, más seguro es el éxito de la empresa.

Entre tanto seguían los preparativos para las bodas régias. Todos los días llegaban varias diputaciones de los pueblos próximos con regalos y congratulaciones nupciales; por todas partes se veían banquetes y danzas sostenidos á expensas del Rey, que distribuía cerveza y carne en abundancia, por lo que la población del sitio Real creció diez veces más en los días que precedieron á las bodas.

Después de muchas incertidumbres se fijó el día 26 de Setiembre para la ceremonia nupcial. El P. Croonenbergs refiere que esta ceremonia fué ejecutada por dos magos delante de un ídolo, dentro de una gruta del monte, mientras que el Rey, con las nuevas reinas, permanecía fuera. Algunos detalles del diario del P. Law nos informarán de lo que pasaba en aquel día dentro del palacio. «Estábamos, escribe, á medio día en el régio alcázar, cuando vimos una cabalgata que entraba corriendo á escape con toda clase de saltos y cabriolas, volviendo después atrás y avanzando de nuevo, repitiendo esta operación dos ó tres veces. Por fin llega toda la comitiva nupcial con las nuevas esposas y otras de su servidumbre, que entran también bailando por algún tiempo y después se sientan. En el mismo punto dos regimientos dan principio á los juegos; y mientras éstos iban pasando, cantando y voceando, las mujeres, sentadas en dos filas circulares, continuaban el canto y aplaudían con las manos, hasta que dió fin la ceremonia.»

(1) Padre de Lo-Bengula y fundador de la dinastía y del reino.

Concluido este importante negocio, los Padres recibieron un aviso de que Su Majestad queria entrar en tratos con ellos acerca de si se habian de establecer en el país; pero nuevas dilaciones de una y otra especie tuvieron el asunto suspendido hasta el 18 de Octubre. Llegado este día, el Rey, movido sin duda por los servicios que los Padres podian hacer á su pueblo, acordó la deseada audiencia, en la que el comerciante Sr. Tanton quiso servir de intérprete. El Rey se mostró complaciente en toda la audiencia, y al fin dió á los Padres facultad para residir allí, al menos hasta fines de Abril, que era la estacion á propósito para tomar el camino hácia el Zambese, diciendo al P. Depelchin que hiciese venir de Tati los demás carros y el resto de la caravana. La respuesta no era del todo perentoria, mas sí cabia creer que concedia más de lo que expresó de palabra, atendiendo á la manera que tiene de resolver los negocios. Y de hecho, transcurrido poco tiempo, Su Majestad concedió á los misioneros permiso para comprar una casa de un tal Sr. Greit, comerciante, que pensaba dejar el país; con lo cual se confirmaba que su intencion era permitirles su estancia permanente. El contrato con el Sr. Greit se hizo en 26 de Noviembre; y la manera de concluirlo hace conocer los usos del país, donde el terreno y todo edificio que se levanta pertenece exclusivamente al Rey. El Sr. Greit vendia á los Padres la casa de hierro con su hermosa portada, hecha en Lóndres, y les cedia el usufructo del resto de la propiedad, que consistia en una casa de piedra, un establo y un jardín cercado.

El P. Depelchin, con permiso del Rey, partió en seguida á Tati para traer consigo el otro carro y el resto de la caravana, y con otro carro mandar al P. Teroerde á Kimberley para tomar nuevas provisiones y más reclutas.

Después de once meses de trabajos y ansiedades nuestros misioneros consiguieron obtener el objeto inmediato de sus deseos, que era establecerse de una manera firme en la capital de este poderoso pueblo. La obra verdaderamente apostólica está á punto de comenzar, y no debemos disimular la dificultad y grandeza de tal empresa. Se trata de enseñar el amor de Dios y del prójimo á una raza de hombres que no tienen otra nocion del mundo invisible que la de un poder maléfico á quien procuran aplacar con repugnantes crueldades, y á quien consultan con ritos supersticiosos en todos los azares de la vida. Se trata de reformar un pueblo en el que la ley del más fuerte destruye la del derecho; un pueblo cuya justicia se administra por los magos, que casi han destruido en su corazon el sentimiento de la compasion con sus sangrientas tradiciones. No dudamos que tal gente, acostumbrada á la guerra y corrompida por la poligamia, institucion permanente, presentará un terreno estéril para sembrar en él la suave y casta verdad del Evangelio. No hemos de maravillarnos de que esto sea obra del tiempo. Más de veinte años se pasaron desde que el P. Ricci entró en la China hasta que puso el pié en Pekin, y sólo después de mucho tiempo su mision comenzó á dar los frutos deseados. Nuestros misioneros tienen que destruir todo un sistema de magia que penetra y dirige todos los actos de la vida social. Las mujeres tienen que cambiarse de esclavas y concu-

binas, como son, en esposas y hermanas. Los hombres deben saber que en la naturaleza humana hay una parte más noble que la fuerza bruta, y una tradicion de paz y de justicia debe seguir á un sistema abominable de sangre y de rapiña. No desconfian los misioneros conseguirlo. Todo esto y más se ha hecho otras veces. Seria este un cambio del Altísimo, como otros varios que la Iglesia ha obrado á través de los siglos.

Hay motivos para esperar que cuando los Padres hayan aprendido mejor la lengua y ganádose más íntimamente la confianza del Rey, podrán inspirarle mejor el deseo de comprender que sólo el amor de estas infelices gentes les ha movido á abandonar patria y hogar. Entonces el Rey comprenderá que ellos no son comerciantes, ni cazadores, ni viajeros curiosos, sino que han ido solamente para hacer bien á su pueblo y enseñarle una felicidad en que jamás ha pensado. Poco á poco harán entender al Rey cuánto más amado seria si en vez de portarse con su pueblo como déspota, se condujera como un padre; cuánto más respetado seria si al tratar con sus semejantes se condujese segun el derecho y no segun el poder; cuánto más noble accion seria el ejercitar el culto por el amor de Dios, de quien procede todo bien, que prestar servidumbre por temor al demonio. Podrán, en fin, demostrarle que los mayores reyes de la tierra se han humillado ante este Dios, y han sido por esto más grandes y más estimados.

COLOMBIA BRITÁNICA.

Carta del Rdo. P. Fouquet, Oblato de Maria Inmaculada.

Os escribo hoy sobre nuestros salvajes Kootenays, honor de que son muy merecedores, como vais á ver.

Decididamente nuestros Kootenays son los Bajos-Bretones de la Colombia británica, gentes que avanzan siempre sin retroceder jamás. Algo saben de esto los Piés-Negros, esos otros famosos guerreros de las grandes llanuras donde errante vaga el bison. Ciento de estos últimos nunca han asustado á diez Kootenays.

Kalromie, pobre salvaje cuya muerte amargamente lloré el año pasado, queriendo un día explicarme su apodo de *Faquin*, me refirió, con un lujo de detalles de que quiero dispensaros, la manera como se aventuró solo en pleno país enemigo con el nada edificante intento de apoderarse de una manada de caballos. Y á propósito de esto debo deciros de paso, que uno de los primeros preceptos de la justicia conmutativa de este bendito país, antes de la aparicion del Evangelio, puede formularse así: «Tú me robas, yo robo á otro, éste te roba á tí: estamos en paz.» Esta era la doctrina de Kalromie, y estuvo á punto de costarle bien cara. Sorprendido por el enemigo, á quien queria él sorprender, fué hecho prisionero, despojado de la mayor parte de sus vestidos, y por muy dichoso pudo aún tenerse con escaparse con vida en tan lastimoso estado y sustraerse á la persecucion de que fué objeto merced á una carrera de tres dias y tres noches, sin beber ni comer, á través de las praderas cubiertas de nieve y constantemente azotado por un viento glacial. Durante esta retirada de Moscow en miniatura, el pobre diablo, como para concentrar su ca-

lor y ofrecer menor espacio de su cuerpo al viento, corría acurrucado, como hombre que va cargado con un paquete. De ahí su nombre de Klaromie, *faquin*.

Su hijo José será digno de tal padre: niño aún, no teme luchar con un toro, y en este peligroso juego, por la fuerza ó por la maña, vence siempre.

Si todos los otros se parecen á éste, ya veis con qué elementos de energía y bravura podemos contar. Y así son en general. No puedo referiros la historia de cada uno de ellos, pero debo una respetable mencion á nuestro gran comisario de policía.

Cierto día de batalla Nikultaho (fusil de hierro), que contaba solos diez años, dejó el campo y la tutela de las mujeres; apoderóse del fusil de un Pié-Negro que habia caído muerto á su vista, y se fué á través de las balas enemigas á formar entre los guerreros de su tribu. Su vida la ha pasado entera entre aventuras de guerra, y todavía hoy, viejo y débil, no conoce el miedo. Únicamente se inclina ante el sacerdote, y esto porque es aquí la mas elevada autoridad. Más de una vez ha tratado de resistirme, pero siempre ha acabado por ceder. La obstinacion es el carácter distintivo de esas naturalezas enérgicas. Yo les opongo el mio, y, á Dios gracias, quedo victorioso. En suma, estoy contento de ellos: avanzan lentamente, pero avanzan.

Al que quisiera dudar de la solidez de sus *cráneos*, podría mostrarle el del viejo Matías. Habia caído como muerto en una batalla, y un Pié-Negro cortóle con su cuchillo la cabellera con la piel para hacerse con todo un trofeo de victoria. Algunos años despues hubo una época de tregua, durante la cual Kootenays y Piés-Negros fumaban juntos el *calumet* de paz: los más bravos relataban sus valentías: habiendo terminado la guerra, era aquella la hora de la jactancia. El desollador de Matías estaba allí, y tomando á su vez la palabra, celebró sus hazañas, y presentó en prueba de sus victorias las muchas cabelleras que adornaban los costados de su caballo de batalla.

—Tienes mi cabellera, pero no mi vida,—díjole friamente Matías, saliendo de entre los Kootenays y mostrando su cabeza pelada.

El Pié-Negro, sorprendido y desconcertado, creyó ver aparecerse un espectro y se quedó con la boca abierta; pero, recobrándose en breve, respondió con tanto aplomo como acierto:

—Jamás se vió cosa parecida entre los guerreros. Dignos somos el uno del otro; seamos amigos y hermanos para siempre.

El Kootenay aceptó aquella caballeresca oferta junto con el *calumet*, y desde entonces no sería fácil encontrar mejores amigos. Cada vez que se encuentran se hacen regalos, se dan festines y fuman juntos el *calumet*.

Ya se comprenderá que yo procuro volver contra el diablo la sangre fria, el valor y la magnanimidad nativa de mis neófitos. Poco acostumbrado á estas nueva clase de combates, caen á veces en los lazos del enemigo; pero, salvas raras excepciones, se levantan y ganan con prontitud el terreno perdido. El grueso del ejército no ha retrocedido jamás; la nacion avanza siempre en el campo de batalla de la vida cristiana. Pruébalo la frecuencia con que reciben nuestros salvajes los santos Sacramentos. En 1879, todos menos dos ó tres cum-

plieron con el precepto pascual. Aquí, propiamente hablando, no tenemos la Comunión frecuente: algunos, sin embargo, comulgan varias veces al mes, mientras están en la Mision.

Tienen una costumbre que desaparecerá á medida que estarán más habituados á las prácticas de la vida cristiana; costumbre que al fin no es otra cosa que una exageracion en el bien: quieren confesarse tres veces antes de comulgar, aún cuando la última absolucion no date más que de ocho dias.

Al regresar de la caza, uno de sus primeros cuidados es el de confesarse, y muchos quieren hacerlo antes de partir, aun cuando no haga más de una semana que cumplieron este deber. No hay, pues, necesidad de predicarles sobre este punto; únicamente es menester poner cuidado en que no lo hagan por pura costumbre.

El ministerio más consolador entre ellos es el cuidado de los enfermos: nunca he encontrado tanta calma y tanta serenidad en la hora de la muerte. En veinticinco años no he sido testigo más que una vez de una agonía agitada; y, sin embargo, antes de su delirio la pobre jóven estaba tan tranquila y tan resignada como lo están generalmente todos. No recuerdo haber llevado una sola vez el santo Viático sin admirar el aire de beatitud que iluminaba el rostro siempre sereno de aquellos pobres moribundos. Habriase dicho que gozaban anticipadamente del cielo. Yo vuelvo siempre conmovido de estas visitas. En cuanto nuestros cristianos se creen en peligro de muerte, hacen llamar á toda prisa al sacerdote. Es preciso recitarles todas las oraciones del ritual, y frecuentemente varias veces: yo me guardo muy bien de quejarme de ese aumento de trabajo.

Siempre que el tiempo lo permite administramos el santo Viático con gran solemnidad. Dos acólitos se revisten de sotana roja y sobrepelliz. El jefe de la tribu tiene el privilegio de llevar la cruz, vestido de sotana negra y sobrepelliz. El pueblo nos sigue cantando cánticos alusivos á la Comunión.

La habitacion del enfermo debe estar adornada con colgaduras limpias, el enfermo lavado y cubierto con ropajes blancos. Confieso que muchas veces tengo por que quejarme de la negligencia en el cumplimiento de estas últimas prescripciones. Sin embargo, en este punto se hacen notables progresos.

Lo mismo pasa con las disposiciones corporales que de ellos se exige para la Comunión. Hacen lo que el sacerdote les dice, pero es preciso decirselo todo. Sus más bonitos trajes los reservan para el día de la Comunión. Los pobres, si no los tienen decentes, los piden prestados. Lávanse y se arreglan el cabello. Con harta frecuencia acontece que debajo de los vestidos limpios conservan los sucios; pero ¿qué hacer!... son indigentes, y es en ellos además costumbre vieja...

Estamos en plena asamblea religiosa.

—Nikultaho, ¿cuántas vidas tendrás cuando los Ángeles tocarán la trompeta y Jesucristo vendrá sobre nubes á juzgar á los buenos y á los malos?

—No lo sé.

Veo en la cara de mi viejo comisario de policía que no quiere responderme para no tener que decidir si estará entre los malos ó los buenos. Esto me hace formular la pregunta en otros términos.

—Nikultaho, ¿cuántas vidas tendrás cuando los Angeles tocarán la trompeta y Jesucristo vendrá á juzgar á los buenos y á los malos, *si mueres como mal cristiano*?

—Dos.

—¿Cuáles?

—La vida del alma y la del cuerpo, una y otra viciadas por el pecado y poseidas del diablo, que les atormentará con el fuego del infierno.

—Está bien. Y ¿cuántas vidas tendrás si has muerto como buen cristiano?

—Tres.

—¿Cuáles?

—La del alma, la del cuerpo y la de Dios en mi cuerpo y en mi alma.

—¿Cómo será tu cuerpo cuando recibirá por medio del alma la vida que el alma habrá recibido de Dios?

—Será brillante como el sol; pasará á través de los cuerpos como un rayo de luz á través del cristal; será ligero como el aire y rápido como la centella.

Después de haber atraído la atención de los fieles con este interrogatorio dirigido al más instruido de entre ellos (porque Nikultaho es tan buen intérprete mio como buen comisario de policía), tomo pie de las respuestas que se me dan para llegar á conclusiones prácticas sobre el respeto que debemos á nuestra alma y á nuestro cuerpo, ya por Jesucristo que vino á tomar posesion de ellos, ya por el cielo que les está prometido.

Ahi teneis una pequeña muestra de nuestras sesiones de catecismo.

Hubiera querido hablaros de todas nuestras obras. Bástame deciros que en todo el año no se ha cometido robo alguno de importancia. La más grave infraccion cometida en esta parte lo ha sido por dos jóvenes salvajes que sustrajeron un poco de arroz y de ópio de la cabaña de un chino: comiéronse el arroz y vendieron el ópio. Ahora están cazando en el monte para ganar con que reparar su falta.

No hemos tenido ni un solo caso de embriaguez. La interdiccion de los licores fuertes es observada escrupulosamente entre nuestros Kootenays.

Como nada prospera no siendo por la cruz, tenemos tambien nuestras cruces proporcionadas á nuestros triunfos; pero esta vez no tengo tiempo para hablaros de ellas. Nuestros carteros están á la sazón almorzando, para luego partir con la ligereza de ciervos.

NUEVA-NURSIA.

HISTORIA DE UNA COLONIA BENEDICTINA EN LA AUSTRALIA OCCIDENTAL.

PARTE SEGUNDA.

CAPÍTULO VIII.

Alimentos. — Vida en los bosques.

Un europeo moriría de hambre ó de extenuacion allí en donde el salvaje australiano encuentra con que alimentarse bien ó mal. Puede decirse que en todos los puntos de su país natal sabe, por el maravilloso instinto de que le ha dotado la Providencia, procurarse los animales ó las plantas necesarias á su subsistencia. Hemos hablado ya de los cuadrúpedos, de las aves y de los peces con que se nutre ordinariamente, mas en su defecto no le faltarán en sus bosques otros recursos.

Desde luego hay la innumerable tropa de hormigas blancas. El salvaje destruye sus habitaciones de arena, y las coge en cantidades prodigiosas, asándolas luego sobre piedras calentadas en un brasero: su mujer está encargada de mondarlas como nuestras cocineras mondan los guisantes ó lentejas. Hay tambien innumerables larvas y crisálidas de millones de insectos que busca con ojos ávidos y que traga en todos los instantes del dia. Prefiere sobre todo los gusanos que pululan en el tronco de ese helecho gigantesco llamado *balga* por los naturales y *chantorrea* por los sabios. Todos los demás gusanos, crisálidas, ninfas de las aguas, hidrófilas, arañas, anélidas, etc., le son un plato sabroso. Interrumpe la conversacion más animada para correr hácia un árbol próximo y coger del tronco ó de una hoja un insecto, y mascararlo como una almendra. Sólo exceptúa el *kobong* (1) ó emblema viviente de la familia, al que respetan siempre por más que les devore el hambre. «Un manjar real, un servicio de gran jefe en el *bush*, dice Perron de Arco, es un cocido de larvas ó de gusanos de tierra mezcladas con yemas de huevos de tortuga, polvoreadas con un buen pellizco de moscas cantáridas y servida quemando aún en conchas calientes.»

Los australianos son muy golosos de la goma de la acacia, á la que llaman *menna*, y les hace con frecuencia veces de pan, comiéndola con raíces tiernas ó mezclándola con la corteza de ciertos árboles. Hacen de la misma grandes provisiones, como referirémos más adelante.

Las setas crudas les ofrecen tambien un alimento muy agradable, ya que no sustancioso. Buscan asimismo una especie de habichuela silvestre, que tiene un ligero gusto de limon y que comen con la cáscara, la cual es muy tierna; las cebollas rojas, parecidas por el sabor á la cebolleta cuando crudas, y que asadas son tan buenas como las castañas; la patata llamada *uaragn*, pero que no tiene cualidades tan nutritivas como la de Europa. Los salvajes practican hoyos de tres ó cuatro piés de profundidad para extraerla de la tierra. Madura en verano, y su frescor es entonces muy agradable.

Una especie de palmera, llamada *zamia*, produce una gran flor, en la que se forman frutos del tamaño de una castaña gruesa. Para alimentarse de ella los indígenas entierran, á dos ó tres piés de profundidad, esta flor con sus frutos rojos, pero con las raíces al aire. El calor del sol las hincha, y entonces, asadas á la brasa, son excelente comestible. Algunos europeos que quisieron probarlas antes de dejarlas algun tiempo en la tierra, murieron de cólicos atroces. Mencionemos tambien las raíces de los *yams*, que son muy nutritivas; los granos del *marsilea*, que producen una harina de sabor de miel y muy abundante; las *dioscoreas*, de la familia de la batata; las *typhas*, que producen sabroso aceite; la yerba abejera de bulbos carnosos, conteniendo un excelente mucilago; y muchas otras plantas ó raíces que seria prolijo enumerar. Debe observarse que los australianos, léjos de

(1) Ese *kobong*, insecto, cuadrúpedo, flor ó pez, es siempre figurado en *tatuage* sobre alguna parte secreta del cuerpo, en los sobacos, por ejemplo, y sirve de señal para reconocerse los parientes distantes. Comerlo ó destruirlo seria atraerse el castigo del «Señor del cielo.» Se ha visto á salvajes en ayunas desde tres ó cuatro días dejar escapar un *opossum* sorprendido en su sueño, porque era el *kobong* de su familia.

imitar la imprevisión que se reprocha á otros salvajes, saben siempre proveerse de esos productos leguminosos antes de las estaciones en que la caza es menos abundante. Tienen aún la costumbre de nunca destruir una planta que lleve su semilla ya formada; entonces la apellidan *mara* (la madre), y todos la respetan.

La naturaleza tampoco rehusa á los australianos algunas golosinas. Vense en estío, sobre las hojas de ciertos árboles, nidos de insectos blancos y de forma esférica. Las hormigas, que conocen su valor, los cogen para llevarlos á sus moradas subterráneas; pero la mayor parte de tales nidos, sobrado grandes para que puedan ser introducidos, permanecen amontonados sobre un solo punto. Cuando un salvaje tiene la buena suerte de encontrarlos, extiende encima su manto de *kanguru*: los nidos son retenidos entre los pelos del forro, y las hormigas quedan en tierra. Por semejante procedimiento los indígenas se procuran un buen regalo; porque la materia de que son formados tales nidos es extremadamente dulce y de un gusto delicado.

Hemos hablado de la horrible costumbre de los salvajes australianos, cuando experimentan suma escasez, de comer carne humana. Si en tan duras circunstancias saben que un indígena acaba de ser enterrado, prefieren exhumarlo para comerlo antes que matar á uno de sus semejantes. «Yo les decia, refiere el Ilmo. Salvado, que tan odioso alimento podria perjudicar su salud; pero ellos me respondieron tranquilamente:

«—Cuando el cadáver no ha pasado en tierra más que tres días y dos noches, es todavía comestible y sólo causa un poco de disenteria.»

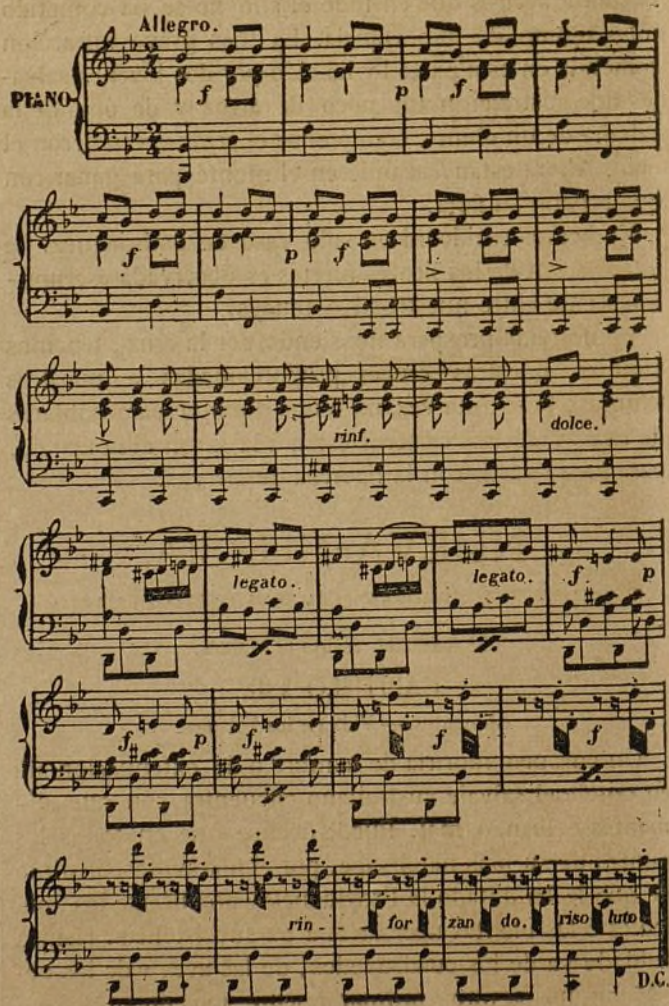
Preparan el cuerpo humano, para comerlo, de la misma manera que la carne del *kanguru*. Si los parientes del difunto saben que su tumba ha sido violada y sus restos devorados, píntanse la frente de negro y van á combatir contra los antropófagos, á quienes comen á su vez así que la victoria los pone en sus manos.

La sed atormenta á estos infelices salvajes casi tanto como el hambre, sobre todo en verano. Cuando por fin encuentran agua toman ciertas precauciones para beberla; pues saben que, excesivamente calentada por el sol, causaria violentos cólicos: en este caso practican un hoyo cerca del estanque que han descubierto, y el agua, filtrándose á través de la arena, les llega entonces muy fresca. Si es agua de lluvia, aún turbia, ponen ciertas yerbas, á fin de que pasando por estas plantas puedan obtenerla mas limpia. Es de notar la posición del salvaje para beber. Apoyando la rodilla izquierda al borde del estanque, pone la mano cerrada en el fondo del agua, y luego, extendiendo la pierna derecha, que le sirve como de balancin, puede apagar la sed á su sabor; pero bebe de una vez y sin respirar, pues los indígenas pretenden que beber á intervalos es perjudicial á su salud. A veces la mujer del australiano va á buscar el agua con su boca ó piel de *kanguru*, y se arrodilla humildemente para ofrecerla á su marido. En sus cacerías los salvajes saben tambien reconocer muy bien los árboles, más ó menos vacíos, que contienen agua pluvial. Hacen entonces un pequeño agujero en el tronco, y despues de satisfacer su sed lo tapan cuidadosamente á fin de encontrar en otra ocasion esa agua preciosa. El *eucalyptus globulosus*, al que los australianos llaman el *yarr-waga*, contiene

tambien, en sus enormes raíces, agua limpida y fresca que se hace salir con una simple incision, y á la que con frecuencia deben la vida los viajeros sedientos.

Las fuentes en Australia casi todas son minerales y muy saludables, aunque poco gratas al gusto. Respecto al agua de los estanques y de los receptáculos naturales, consérvese limpida aún de un año para otro. Así, durante los fuertes calores, numerosas familias de indígenas reúnen en los lugares favorecidos por esas raras cisternas.

Es un curioso espectáculo ver, en la espesura de los bosques, brillar entre las tinieblas de la noche una veintena de hogueras encendidas por los indígenas. Diríase que es un vivac. Ora vese á los salvajes, de luciente cuerpo, pasar de un punto á otro con antorchas de *chantorrea* en la mano; ora la claridad de la llama permite distinguir á los cazadores que preparan sus armas, á las mujeres que cosen las pieles de *kanguru* ó que preparan la comida de la noche, oyéndose en toda la línea un concierto de voces más ó menos armoniosas, pues el salvaje australiano canta constantemente. Que esté alegre ó melancólico, que le apriete el hambre ó esté plenamente saciado, canta sin cesar, y no puede menos de trinar un aire ó una cancion cuando está sentado junto á su hoguera. Así, en un campamento australiano, óyese aquí un estribillo de danza, allá un canto guerrero, más léjos una especie de lamentos, y detrás vuestro una lamentacion fúnebre ó un canto de gozo. Intercalamos aquí, notado y transcrito para piano por el Ilmo. Salvado, el canto popular *Machielo*, de que se ha hablado en un precedente capítulo (1).



(1) Véase la pág. 402.

Los cantos sólo cesan á la hora de comer, pues el australiano juzga que nunca tiene bastante con toda su atencion para este asunto tan importante. Mas así que él y su familia se han saciado, empieza la relacion de sus aventuras de guerra y de caza, ó de las de sus padres, unas y otras embellecidas por una imaginacion fecunda. Este es el instante más feliz del día. Cada uno de los asistentes está pendiente, por así decirlo, de los labios del narrador, quien acompaña sus relatos con gestos muy expresivos y una mímica no pocas veces sumamente divertida.

«Con frecuencia, refiere el Ilmo. Salvado, los salvajes me pedian historias de mi país, querian saber los nombres de mis padres, de mis hermanos y hermanas, y cómo habia pensado en venir hasta ellos. Cuando les describia nuestras costumbres de España, las encontra-

ban muy extrañas, y reian á veces hasta verter lágrimas. Mas cuando procuraba hacerles comprender los elevados motivos que nos impulsaron á mis hermanos en Religion y á mí, á abandonarlo todo para anunciarles las verdades de la fe cristiana, me escuchaban con la más profunda atencion, no atreviéndose á interrumpirme con la menor pregunta, tanta era su sorpresa al saber cosas que sobrepujaban sus pensamientos ordinarios, y su admiracion al oir lo que les decia. Esa manera de instruirles valia para ellos por el mejor sermón, y yo procuraba ocasion de renovar frecuentemente esas conversaciones intimas y piadosas, que tenian siempre el privilegio de interesarles. Tras muchas horas pasadas en semejantes entretenimientos nocturnos, cada salvaje vuelve á su hoguera y poco tardan en entregarse al sueño; lo que nunca sucede sino hasta muy adelantada la



ABAZIA (Rusia asiática).—Tipos de abazes. (Pág. 527).

noche, tanto en invierno como en verano, con tal que la temperatura sea apacible.»

Es raro que los indígenas abandonen el lugar que han escogido para dormir, antes que el sol haya andado una ó dos horas su carrera. En invierno les retiene el frío cabe su fuego, y en verano la frescura de las madrugadas. En el momento de partir, si muchas familias han acampado juntas, cada una toma direccion diferente, porque reunidas no encontrarian caza suficiente para su subsistencia. En su marcha entre los bosques, el australiano trae constantemente en la mano un tizon ardiendo, no por motivo alguno supersticioso, como se ha pretendido, sino para preservarse del frío, al cual es muy sensible en toda estacion. El extremo de ese tizon que ha tomado de su hoguera, lo sostiene siempre cerca del vientre, y si observa que va á extinguirse, lo reaviva en

breve con cortezas de acacia, y lo conserva así mucho tiempo. El fuego le sirve, como se ha visto, para quemar los árboles en los que se ha ocultado alguna pieza de caza: usa tambien de él para advertir á las familias amigas por medio de señales de humaredas, y para incendiar las malezas secas antes de la estacion lluviosa, á fin de que las nuevas yerbas crezcan más pronto y atraigan mayor cantidad de caza, etc.

Cuando quieren hacer fuego, los salvajes sirvense siempre del tronco seco de la *chantorrea*, y hé aquí cómo. Hienden en dos este tronco, y en el centro de una de las dos mitades practican una pequeña abertura, en la que ponen algunos granos de arena; cortan en punta la otra mitad, y la raspadura con algunas hojas secas es colocada en torno del agujero del primer trozo, que sujetan con ambos piés, sentándose en el suelo. Despues,

metiendo en dicha abertura el extremo puntiagudo del semitronco de *chantorrea* y revolviéndolo vivamente con las manos, ese rápido frotamiento determina en pocos segundos la inflamacion del polvo de madera y de las materias combustibles que lo rodean, sin que las dos partes del tronco de *chantorrea* llegue á inflamarse nunca. Asi es como los salvajes se procuran fuego en menos tiempo del que se requería en otro tiempo para golpear el pedernal, como teníamos que hacerlo en Europa antes de la invencion de las pajuelas químicas. (*Véase* pág. 512).

El australiano nunca guarda provisiones para el dia siguiente, salvo las raras excepciones que hemos indicado. Si le sucede tener superabundante caza, de suerte que su familia no pueda consumirla en un dia, llama á las familias dispersas por los alrededores. Por cierto número de gritos determinados si la distancia no excede de dos ó tres millas, ó por fuegos encendidos en las colinas, les advierte de la buena comida que les aguarda. Los invitados acuden presurosos y hacen honor á su huésped, no sólo devorando todo lo que éste les sirve con prodigalidad, sino tambien por danzas y cantos en su alabanza. Luego, bien alimentados todos, duermen largas horas en torno de sus hogueras encendidas y conservadas por sus mujeres. Al despertar comen los restos de la comida de la vispera, y vuelven á dormir, de suerte que toda la caza queda consumida en un dia y una noche. Ocioso es decir que semejante glotonería es causa á veces de dolorosas indigestiones, á pesar de la asombrosa capacidad de los estómagos austrálicos; pero este es un inconveniente al cual están expuestos raras veces aquellos salvajes, á causa de sus prolongados ayunos.

MINIDANAO.

Carta segunda del P. Jacinto Juanmarti al Rdo. P. Juan B. Heras, Superior de la Mision.

Tamontaca, 20 de Agosto de 1879.

Paso á referirle mi viaje de Mayo último por la bahía Illana hasta el puerto de Dinas y la ensenada de Malin-ganga, que mira al seno de Dumanquilas.

Habiendo de ir el cañonero *Manileño* á Dinas para los cruceros que suelen hacer y para traer la familia del sultan de Maguindanao, fuí invitado por su comandante D. Luis Angosto á visitar aquellas regiones, desconocidas aún para nosotros. Salimos de Cottabato el 21 de Mayo, muy temprano, para llevarnos á remolque las vintas del sultan y una del dato Amirol, que se nos unieron bajando el rio. La detencion que fué preciso hacer en Pollok nos impidió salir aquella tarde. Pasada media noche comenzamos á andar, remolcando las dos vintas del sultan, porque la del Amirol habia ya salido para Malabang. El sultan con los datos que le acompañaban se vino á bordo y se retiró al cabo de algun tiempo á su vinta, mas quedó el cañonero invadido por una turba magna de los suyos, que no nos dejaba lugar donde reclinar la cabeza. Por ser dia de la gloriosa Ascension del Señor se procuró despejar la popa y se arregló muy bien para celebrar la Misa. En medio de la bahía Illana, aunque el mar estaba algo agitado, celebré con

no poco consuelo, rodeado de toda la dotacion del barco y á la vista de una porcion de moros que estaban admirados y atentos á las augustas ceremonias de la Misa, parte por el respeto que hasta á los infieles infunde, y parte porque son muy curiosos. ¿Quién sabe los miles de moros y de infieles monteses que se vienen al pensamiento en medio de aquella inmensa bahía? Tiene al Este la gran cuenca del Rio-Grande, al Norte la gran Laguna y montes de Lanao, y al Oeste los montes poblados subanos, y las ensenadas, bahías, senos y puertos de Pagadian, de Malulug, Punta Flechas, de Malin-ganga, de Dumanquilas, Cumalaran, Lapirauan, etc., habitados por moros y subanos; unos y otros sepultados aún en las tinieblas de la infidelidad.

Como al medio dia llegamos á este puerto de Dinas ó Malulug, y las vintas tomaron luego la embocadura de este hermoso rio, que lleva á la casa donde vivia antes el sultan, siguiéndoles luego el comandante del cañonero acompañado del intérprete del Gobierno. Yo me quedé á bordo hasta el dia siguiente, en que temprano subí por entre bosques de nipa que pueblan aquel rio, y aunque íbamos con buena marea y en bote bien equipado gastamos cerca dos horas para llegar á la casa del sultan. Con dificultad se encontrará mejor ni más abundancia de nipa que la que hay en ambas márgenes de este rio, en que podrian proveerse todos los habitantes de esta bahía de Illana. Al lado de la nipa se ve una espesura y abundancia de maderas que da gusto mirarlas por lo rectas que son y á propósito para toda clase de construcciones.

Ya en la casa del sultan, resolvimos ir á Busay, residencia del dato Magagenteng, presunto rajamuda de Mindanao; mas la dificultad de coger los caballos, que tenian sueltos, nos lo hizo diferir hasta el dia siguiente, en que muy temprano tomamos el camino por aquellos cogonales y ricas tierras, si hubiera quien las cultivara; pues los subanos, que las desmontaron, se han subido más arriba, y así nos encontramos con unos senderos por caminos, cerrados por ambos lados por el cogon, que cubria nuestros caballos. No he visto mejor ni más abundancia de agua, pues á cada cuarto de legua dábamos con un rio de agua cristalina, con lecho de piedra y arena, donde se bate bien el agua, tan fresca y tan agradable, que con el sol que nos calentaba daba gusto beberla. Uno de éstos nos hizo más pesado el viaje, pues traia tal abundancia de agua pura y cristalina, que metidos dentro del rio y montados á caballo nos llegaba á la cintura; y, como tuvimos que andar largo trecho así dentro del agua, nos dejó hechos una sopa de mojaditos. Nos quitamos las medias para que se secasen los piés dejando sólo los zapatos; pero vino el cogon tan áspero que se encargó de deshollarnos las piernas que al cabo de poco tiempo chorreaban sangre. No fué esto lo peor, porque en los tres ó cuatro últimos rios habia que bajar y subir cuestas tan pendientes y pedregosas, que habia peligro de andar rodando por ellas.

A poco más de medio dia llegamos á la casa del dato, que está en la ensenada de Malin-ganga mirando al seno de Dumanquilas. La recepcion fué de toda etiqueta y con gran lujo de objetos que ellos usan y ponen á la vista de todo el que entra, á saber: armas, aguns y culintangas, cajones vistosos, talams, diampacas, du-

duanes, azafates, palanganas, tinajas lujosas de Borneo, culambus con cojines, colchonetas, petates y tapetes. Sentado el dato en el suelo al lado de su gran culambu, con una chaqueta de seda bordada de oro y de todos colores, nos fué recibiendo Manguegueten y nos colocamos frente de él en bancos toscos cubiertos de tela.

Los subanos que viven allí cerca son los que pagan el tributo á los moros y les llevan el *palay*; así es que encontramos una porción de embarcaciones de joloanos que habian venido á proveerse de *palay* en cambio de otros efectos. Observé de paso que, á pesar de los buenos terrenos que allí hay, son muy poco cultivados, y me confirmé en el juicio que habia formado de los moros de estas costas, que son en general holgazanes y viciosos, y no cultivan un palmo de tierra, sino que viven de lo que sacan de los monteses. A pesar de lo que nos lamentamos de los moros del Rio-Grande, que se dan mucho al juego y poco al trabajo, todavía merecen elogio si los comparamos con los de estos puntos y con los que vi siguiendo la costa hasta Sarangani. Me encontré aquí con unos cuantos subanos que se extrañaron de mi traje y más aún de oirme algunas palabras de su lengua. Toda la parte alta siguiendo hácia Dumanquilas y Cumalaran, y las mismas playas de esta bahía, están pobladas de ellos. Dumanquilas es un punto que debería tomarse para una Mision de subanos, por estar rodeada por ambos lados de esta raza, hasta Pirauan por el Oeste y Dinan por el Este, y se corren hasta la misma punta de Flechas ó Baganian, como la llaman los moros. A Dinan solian acudir muchos de ellos, especialmente cuando el sultan, que los mira como suyos, residia allí; mas no conviene tomar este punto por ser muy propenso á calenturas, sino uno de los que mira al Oeste; pues se observa que las costas occidentales en este Sur de Mindanao suelen ser menos atacadas de estas enfermedades. ¿Cuándo podremos extender nuestras Misiones por estos pueblos de infieles, y dar la mano y abrir las puertas del cielo á tantos infelices como viven aquí sentados en las tinieblas de la infidelidad y en la barbarie del islamismo?

Segun las noticias que tomé de aquella parte de Mindanao, está bastante poblada y en condiciones favorables para entrar en su reduccion. Porque, aunque algunos puntos costaneros están habitados por los moros, son éstos los menos, y además los subanos son gente dócil, pacífica y laboriosa; condiciones todas que les facilitan abrazar el Cristianismo. Hay allí, despues de la ensenada de Malinganga, los pueblos de Guilisan, Subay, Macaulay, Binambalan, Naigat, Tulapuc y Dumanquilas, casi todos habitados únicamente por subanos. Despues de Dumanquilas, siguiendo hácia el fondo del seno, vienen otros pueblos tambien de subanos, y se corren por la costa hácia Pirauan y por el interior hácia el seno de Sibuguey y hácia el Norte de la isla. No hace mucho tiempo que los infieles de esta parte pedian vivir bajo la bandera española para defenderse de las vejaciones que sufren de los datos moros, lo cual es circunstancia muy favorable para que sean atendidos y ocasion oportuna para que nos reciban con gusto. Pirauan y Dumanquilas son puntos muy concurridos por los moros de Joló y donde hacen los chinos sus tráficos y contrabandos, por lo cual creo que importa mucho al

Gobierno tener allí una estacion de marina mejor que un destacamento, y nosotros una Mision al abrigo de aquella, mientras tanto se fuese internando y arraigando en los pueblos de los subanos.

Volvamos ahora á nuestro viaje y antes á la casa de Magagueteng. Durante la noche el Sr. Angosto con Ortuoste, ayudándoles yo algunos ratos, copiaron los tratados celebrados por los nuestros con el antiguo sultan de Mindanao, que por cierto convendria fuesen más conocidos por los que rigen los destinos de estas gentes.

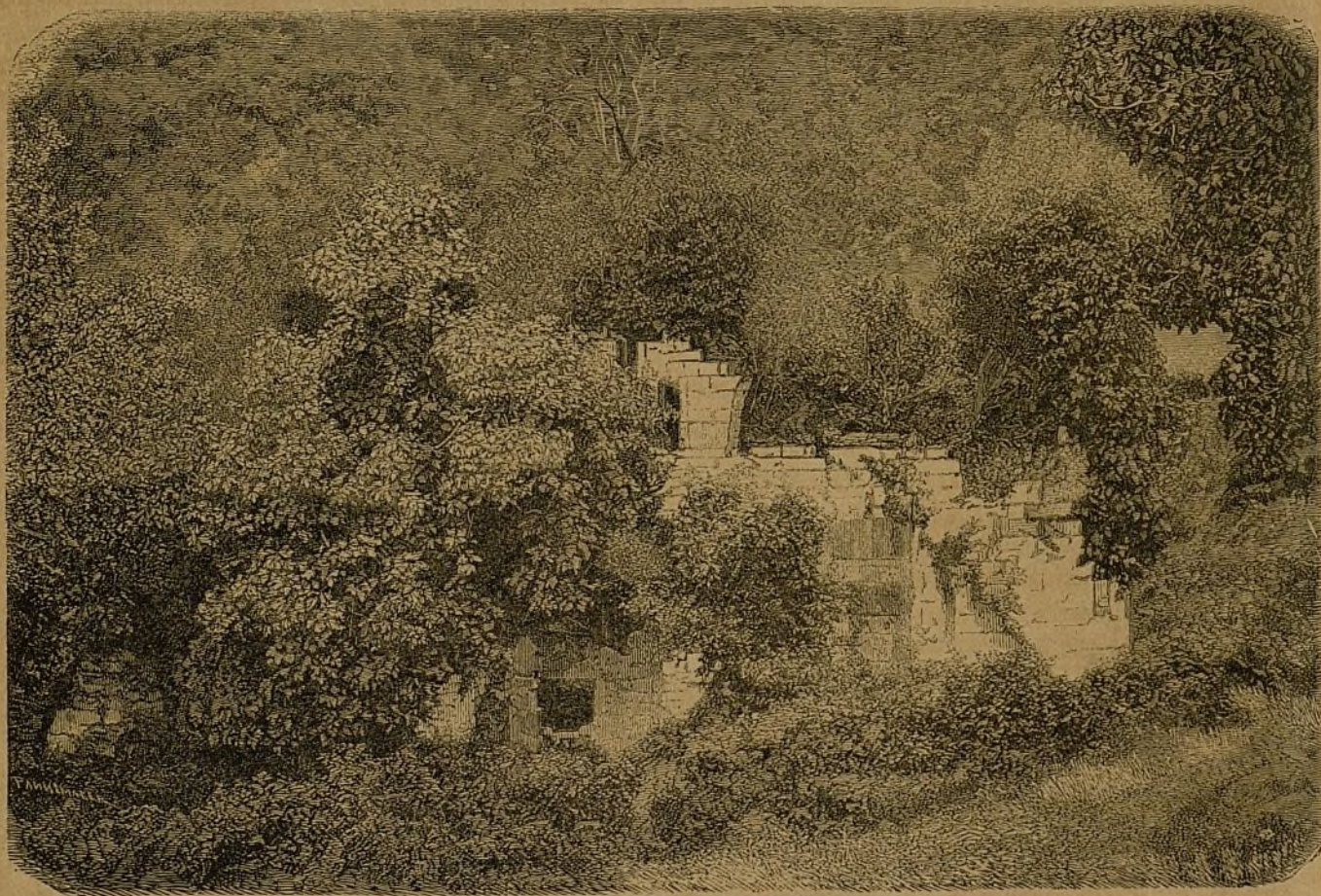
¿Qué diré ahora de la etiqueta, aparato y lujo con que nos sirvieron la cena? Aparece de improviso un enjambre de mujeres, todas con candelas encendidas en las manos, puestas en dos filas, en número por lo menos de diez ó doce, en ademan de procesion, y tras ellas salen otras con sus talams, provistos de tal variedad de manjares, salsas y potajes que no habia más que desear. No faltaron durante la noche serenatas y tocatas de *aguns* y *culitangas*, tantas y tan variadas, que hubiera sido preferible que cesaran para poder pegar los ojos. Mas, despues que cantantes y músicos agotaron sus recursos, emprendió su tarea el dato, que en obsequio nuestro pasó la noche en claro y acabó por marearnos, con su *cotiapi*, que tocaba á las mil maravillas.

No hay que decir cómo estaria el camino con la lluvia que cayó por la noche. Al salir el sol emprendimos la marcha, y antes del medio día estábamos en Dinan mojados y llenos de lodo. Tanto el sultan como su familia hicieron mucho para obsequiarnos, y su casa estaba llena de datos y de toda clase de gente, sobre todo al fin, en que vinieron los subanos á despedirse. Al cabo de unos cuatro ó cinco dias de estar por allá, fué cuando se juntaron siete grandes vintas cargadas de gente y de efectos, y todas en fila remolcadas por el cañonero, echámos á andar con buen tiempo. Cerca ya la caída del sol levámos anclas, y salidos del canal que tiene el puerto de Dinan, fondeámos junto á una islita poblada de molave, de la playa hasta la cresta del monte, y allí aguardámos que llegase la hora de salir de nuevo, que fué entrada la noche. Seguimos por medio de aquella bahía de Illana, dando vista al amanecer á punta Caromata, luego á Sigayan y Baras; y como á las nueve llegámos frente de Malabang, donde dimos fondo y nos metimos por aquel rio en botes hasta llegar al fuerte Sabanilla, resto y grato recuerdo de los primeros españoles que dominaron este centro de Mindanao. No he visto cosa más pintoresca y hermosa que aquel rio y la vista de aquel antiguo fuerte. Del pié de las murallas, que han resistido á los temblores y vaivenes de más de dos siglos, sale el rio Malabang, de agua fresca, agradable, cristalina y tan abundante que su curso da paso á los botes, vintas y falúas. Este fuerte, que contiene hoy dentro de su recinto seis casas de moros, fué dirigido por nuestro P. Melchor de Vera; se conserva intacto en la parte que mira al rio y al mar, la cual tiene de alto unas 20 varas; pero los lados han quedado reducidos á un tercio, y la parte de detrás está del todo arrasada. Este es el sistema que usan los moros de estas tierras en sus cottas, que las ponen muy bien defendidas por delante, algo abrigadas por los lados y la parte de detrás abierta para correr cuando lo creen conveniente.

Aquí en Malabang nos esperaba el dato Amirol, quien izó bandera española al divisarnos y nos recibió en su casa con mucho agasajo. Es punto aquel muy bueno, pues pasan por allí para la laguna de Lanao, que dista más de ocho leguas, y á poca distancia, siguiendo la costa, está Lalabuan, punto á donde llevan mucho café los lanaos, como también á esta de Malabang. Es tierra abundante de árboles frutales, como mangas, limones, nancas, macupas, etc., etc. Allí estuvieron, no sólo el P. Vera, que dirigió la construcción del fuerte, el Padre Gutierrez y otros que estuvieron de misioneros en aquel punto, sino que era escala para ir de Zamboanga y de Manila al Rio-Grande, y subir hasta el fuerte que teníamos en Bohayan. Desde que salieron los nuestros de Mindanao no hay recuerdo que hubiese subido español alguno á aquel puerto, llamado de Tuboc ó de la Sabanilla, y ahora Malabang.

Tienen mala fama los moros de la bahía Illana, especialmente los de por aquí, Baras y otros pueblos que hay en el fondo de allá. Aquí me encontré con un dato que por malo había tenido que irse de estas inmediaciones de Tamontaca y Cottabato, y al saludarle, aunque no le conocía más que de nombre, como estaba vuelto de espaldas, le puse la mano al hombro para hablarle y llamarle la atención. Volvióme él la cara, y como ya me había visto, se quedó sobrecogido, el semblante entre ceñudo y miedoso, y la mano en el puño del cris, como quien amenaza ó trata de prevenirse; mas de pronto se calmó y vió que no había que temer. Me pidió luego permiso para volver al Rio-Grande, diciendo: *Di aco miabunu sa manga tau*: «yo no he matado gente;» como quien dice: Menos esto todo lo he hecho.

El tiempo que agradablemente pasamos en Malabang nos hizo falta luego para librarnos de una turbonada



ABAZIA (Rusia asiática).—Ruinas de la iglesia de Anakopi. (Pág. 527).

que nos cogió pasado Lalabuan, cuando estábamos ya más acá de Abunabung y Balabagang. Arreció en breve de tal manera la turbonada que venia del Sur, que tuvieron que levantar toldos y quitar estorbos al viento para que no se nos llevase, y con tal marejada que la fila de bancas que venian á remolque, aunque eran grandes y de buenas condiciones, corrian mucho peligro de verse envueltas por las olas. En medio, pues, de la tormenta tomaron el partido de soltar el remolque y dejarlas que fuesen á guarecerse en algun punto de la costa ó donde pudiesen. Esto nos salvó á nosotros, y á ellos también, porque dieron la popa al viento y llegaron pronto á Lucsain, donde se abrigaron y se libraron de la bravura del mar. Llegamos nosotros á Pollok á más de media tarde, todos mojados y ansiosos por la suerte que ha-

brian corrido las vintas, quedando agradablemente sorprendidos cuando, al ir por ellas el día siguiente, las encontramos todas bien guarecidas y sin la menor avería. Bien engalanados el cañonero y las vintas, subimos por el Rio-Grande hasta llegar á Manobo, en la casa del sultan, en medio del estruendo de cañones, lantacas, fusiles, músicas y algazara.

El sultan actual nuevamente proclamado, que vino con nosotros y cuya familia ha traído el *Manileño*, es de buen natural y se ha portado siempre bien con nosotros. Él nos recogió hace dos años á tres niños que, engañados por un moro, se nos habían marchado, y nos los devolvió; y este año, que fueron seducidos otros dos de quienes no hemos podido saber, hizo que aquel en quien recaian sospechas enviase otros dos en su lugar. Se ale-

gra mucho de que vayamos á visitarle, y todos los suyos nos guardan más consideracion y respeto de lo que acostumbran los moros. Ahora estoy traduciendo, ayudado de uno de nuestros libertos, un largo escrito que contiene como si dijéramos las ordenanzas de buen gobierno para los datos moros, proporcionado por el sultán. Son más bien dichas ordenanzas de mal gobierno, porque es el verdadero retrato de sus costumbres estragadas.

Concluyo rogando á Dios nuestro Señor que envíe buen número de misioneros, fuertes de alma y cuerpo, para emprender la reduccion y conquista de esta gente que hace tiempo nos espera, lo mismo que los manobos y bilanes de que le hablé en mi anterior cuando fui á Sarangani.

Entre tanto ruegue tambien V. R. y todos esos cari-

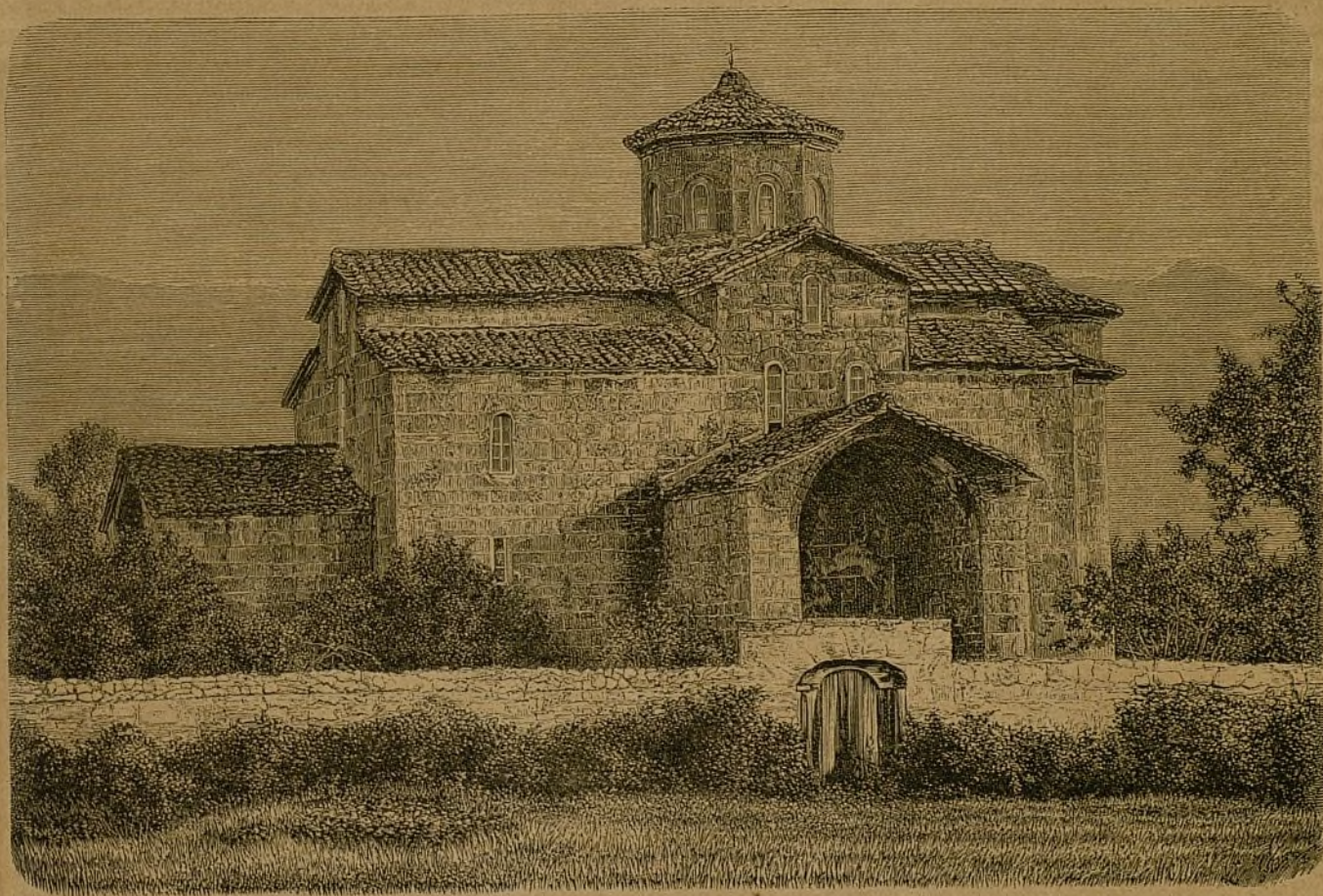
simos Padres y Hermanos por todos ellos y por los que vivimos en estas tierras de moros, para que no nos hagamos indignos de la empresa á que Dios nos ha llamado.

CRÓNICA.

Roma.—Hé aquí una estadística gloriosa que interesa directamente á la historia de las Misiones, pues la mayor parte de los héroes que enumera han confesado el nombre de Jesucristo en los países infieles.

Desde el año 1500 han sido canonizadas 96 personas, y beatificadas 320.

De estos 416 Siervos de Dios, 358 han sido hombres y 58 mujeres: han sufrido martirio 297, y 119 han practicado las virtudes en grado heroico.



ABAZIA (Rusia asiática).—Iglesia de Likhne. (Pág. 527).

Eran eclesiásticos ó simples seglares 102, y los otros 314 pertenecían á diversos Institutos religiosos, á saber: 117 franciscanos, 90 jesuitas, 59 dominicos, 19 agustinos, 5 carmelitas, 5 teatinos, 3 trinitarios, 2 norbertinos, 2 Hermanos hospitalarios de San Juan de Dios, 2 oratorianos, 1 lazarista, 1 pasionista, 1 barnabita, 1 redentorista, 1 camiliano, y otros 5 pertenecientes á otras tantas Congregaciones italianas.

El número de europeos es de 222, clasificados del siguiente modo: 76 italianos, de los cuales 28 fueron santos y 48 beatos;—66 españoles, á saber, 17 santos y 48 beatos;—37 portugueses, de ellos 1 santo y 36 beatos;—14 franceses, de ellos 6 santos y 8 beatos;—13 holandeses, de ellos 12 santos y 1 beato;—5 belgas, 4 de ellos santos;—4 alemanes, 2 de ellos santos;—2 polacos, 1 de ellos santo;—1 santo danés, —y 1 ruso.

Son naturales del Asia 187, contándose en este número 181 japoneses todos mártires, entre ellos 19 santos y 162 beatos; 5 coreanos, entre ellos 1 santo y 4 beatos, y 1 santo indio.

Por último, 7 son americanos: 4 mejicanos, de los cuales 1 es santo; y 3 peruanos, 1 de ellos santo.

—Un acto laudable del Ilmo. Massaja ha sido muchos días en Italia el tema de innumerables conversaciones. El humilde Capuchino rechazó las insignias de gran oficial de la Corona de Italia. El comandante Barattieri, presidente de la Sociedad geográfica italiana, y el Sr. Villa, ministro de Justicia y de Cultos, presentáronse en la quinta Rufinella, en Frascati, donde se hallaba el Ilmo. Massaja con los alumnos del Colegio de *Propaganda Fide*. A nombre del Gobierno le presentaron las insignias de aquella condecoracion; pero el venerable religioso les dió las gracias, declarando resueltamente que no podía admitir distinciones de un Gobierno despojador del Instituto mencionado, que fué su cuna y sosten.

Con este motivo han tratado algunos de empequeñecer al ilustrísimo Massaja, y, aunque lo saben bien, han tenido la osadía de preguntar quién es. Hé aquí la respuesta dada por el *Fanfulla*, excelente periódico de Roma: «El Ilmo. Massaja tiene setenta y cinco años; es alto, de aspecto majestuoso, de larga y blanquísima barba y de ojos azules animadísimos, ofreciendo una mezcla de dulzura y de voluntad. En este hombre hay el misionero y el batallador; el apóstol de la fe y el soldado de la civilizacion. Al verlo se alcanza que haya podido

luchar solo durante treinta años contra la barbarie, y vencerla frecuentemente. Lucha de todos los días y de todos los momentos contra los salvajes, á los cuales no se puede matar, y es preciso convertir; guerra continua contra las preocupaciones, en que á la lanza y á la flecha oponia únicamente la cruz de misionero cristiano. ¡Y esto durante treinta y cinco años! Iba lentamente, paso á paso, mudando de país á cada instante, á fin de hallar otros sitios más inhospitalarios y salvajes, otras lenguas y otras barbaries, siempre distante del resto del mundo civilizado, en compañía sólo de su fe.»

Austria.— Recientemente ha profesado en el convento de Ursulinas de Linz una negra, natural de la Nubia, tomando el nombre de sor Maria Javier. El obispo de Linz, Ilmo. Rudigier, quiso presidir el mismo la ceremonia.

La historia de esta doncella es verdaderamente conmovedora. Entregada á uno que habia proporcionado con que vivir á su familia durante una época de hambre, fué vendida, lo mismo que su madre, á un mercader de esclavos. Despues de pasar á manos de diversos señores, en cuya compañía tuvo que sufrir toda suerte de malos tratamientos, tuvo al fin la dicha de ser rescatada en Alejandria por un misionero, el Rdo. P. Olivieri, mediante la cantidad de 1,700 pesetas.

Chen-si y Chansi.—En la China la plaga del hambre un momento estacionaria amenaza de nuevo las poblaciones ya tan duramente afligidas. El Ilmo. Chiais, vicario apostólico del Chen-si, ha estado próximo á morir de privaciones y de fatigas. En el Chan-si el Ilmo. Luis Moccagatta, vicario apostólico, que hace algunos meses anunciaba el fin del hambre, escribe en 20 de Julio que la cosecha ha defraudado todas las esperanzas y que aquel azote se presenta terrible como nunca. El piadoso Prelado termina con las siguientes palabras, que resumen admirablemente los sentimientos de todos los misioneros: «Nos sometemos á la Divina Providencia, que permite estas cosas para nuestro mayor bien. El Señor no nos abandonará de seguro, pues en Él tenemos puesta nuestra confianza.»

Mesopotamia.— El Rdo. P. Giannantonio, capuchino, prefecto apostólico de la Mision de Mesopotamia, escribe desde Mardin con fecha 14 de Agosto:

«...Aunque el hambre haya mitigado un tanto sus rigores en Diarbekir y Mardin, causa todavía muchas víctimas. Todos los días gran multitud de pobres famélicos llaman á nuestra puerta pidiendo pan con grandes clamores. Por un momento creímos que con la cosecha hubiera disminuido el precio del trigo; pero ¡ah! la triste realidad ha disipado nuestras esperanzas. Faltos de recursos, pero llenos de confianza en Dios y tambien en la generosidad de los católicos, no he vacilado en contraer deudas á fin de comprar algunas medidas de trigo al enorme precio de 27 piastras. En tiempos ordinarios la medida de trigo cuesta 2 piastras y media. Dicho precio aumentará todavía, pues la cosecha distará mucho de bastar para el consumo. Todo, pues, nos anuncia un invierno más desolador que el pasado. ¿Qué será, Dios mio, de nuestros infelices cristianos?»

Pondichery (Indostan).—El Rdo. Fourcade, misionero de Alladhy, escribe lo siguiente:

«El cielo continúa negándonos la lluvia, y nuestros campos no han sido sembrados. ¡Cuánta desolacion! El infeliz pueblo, que no ha podido olvidar los sufrimientos del último hambre, teme el porvenir. Muchos me dicen:

«—Padre, este año morirémos todos, pues no podremos soportar el hambre. Antes de la última calamidad teníamos fuerzas para luchar contra el mal, pero tres largos años consecutivos han arruinado nuestra salud; así es que este año *nos irémos todos*. Por otra parte, ¿quién tiene apego á la vida? para nosotros vivir es como si *caminásemos sobre espinas*; ¡el cielo! este es el refrigerio que necesitamos! Tener hambre es morir cada día... Por más que echemos tierra en este agujero (añaden mostrando su estómago), *sin nivelarse, siempre queda vacío*. ¡Oh si la muerte pudiese venir esta misma tarde!... Si á lo menos lloviese un poco, la tierra se cubriría de hortalizas y las comeríamos hervidas con sal, pero ni esto se encuentra! ¿Qué podemos nosotros hacer?...»

«A veces, para dar á la conversacion un giro menos triste, les digo:

«—Pero ¿tantos motivos teneis para quejaros? Mueren multitud de bueyes, y esto en provecho vuestro.

«—*Verrum dum pu sang*: Sólo encontramos en ellos los huesos, Padre. ¿Mueren acaso los bueyes bien nutridos? Los que mueren es por falta de yerba, forraje y agua. ¿Qué encontraremos en sus cadáveres? ¡Huesos, nada más que huesos!»

«—Pues teneis que morir, les dije reprimiendo mis lágrimas, morid pronto, pues hace cinco ó seis años que os oigo clamar hambre y no puedo apagarla.

«—La muerte no viene. Si Dios nos llamase, ¿rehusaríamos ir á Él? ¿Querria el Padre que nos pasásemos una soga al cuello ó que comiésemos yerbas ponzoñosas?

«—No, pero *sin hablar, acostaos en vuestra casa, y vendrá la muerte*.

«—¿*Manasu kejcuda*? ¿oye la voluntad? (expresion que podría traducirse: Vientre famélico no tiene oídos). Hay algo que hace *kumuru* en el estómago y que nos mueve, contra nuestra voluntad, á echarnos á vuestros piés.

«Hace mucho tiempo tengo notado que fácilmente puede distraerse á los hambrientos con buenas palabras, haciendo asomar la risa en sus labios é infundiendo alegría en su corazon. Repetidas veces les oigo decir:

«— Padre, bástanos, para sentir el hambre calmada, ver vuestro rostro y hablar con vos. Nos haceis reir, y olvidamos nuestros males.

«—¿De veras? pues si no sentís hambre, no hay necesidad que os dé dinero.

«—Aquí con vos, bueno; pero una vez hemos dejado atrás vuestra casa, vuelve el hambre á atormentarnos... En rigor, las personas mayores podríamos quedarnos sin comer; pero si mueren de hambre los pequeñuelos que hemos dejado en casa ¿no lo consideraréis vos un pecado?

«—Vaya, que para todo teneis respuesta.

«No acabaria si quisiese referir todas nuestras conversaciones, que no sólo les divierten á ellos, sino que tambien á mí me producen mucho bien, pues habria para perder la cabeza si uno pensase demasiado en la miserable situacion de nuestros cristianos.

«He sabido que el Gobierno inglés se ocupa en recoger fondos para los hambrientos. Haced por vuestra parte todo lo que podais para enviarnos algunos socorros, y decid á nuestros numerosos bienhechores que cuento aún con su generosidad.

«Rogad tambien para que pueda este año registrar buen número de bautismos de paganos.»

Otro misionero del vicariato de Pondichery, el Rdo. Darras, escribe desde Chetput:

«Os escribo con el corazon triste y angustiado, pues no ignoro que son muchos los sacrificios de los católicos de mi patria, y temo ser importuno é indiscreto. Sin embargo, no puedo resistir á mi corazon, que me impele á exponeros la afliccion de mis pobres cristianos.

«El hambre vuelve á comenzar. Las tierras están secas por falta de lluvias; los ardores del sol y un viento continuo han secado enteramente los campos cultivados al rededor de los pozos. La falta de trabajo hace que la gran mayoría del pueblo se vea reducida á la más deplorable situacion. ¡Qué sufrimiento para un misionero! A menudo, como Agar, pienso dejar á mis hijos para no verles morir; pero niegase mi amor á abandonarlos.

«Tenia esperanzas de poder proporcionarles trabajo, y al intento hice gestiones cerca del Gobierno á fin de que me proporcionase piedras de talla del fuerte para la construccion de una iglesia, puesto que sólo tengo aquí para ocho mil cristianos una choza de paja; pero aunque el Gobierno ha accedido á mi demanda, faltame dinero para pagar á los trabajadores.

«Véome, pues, obligado á despedir con buenas palabras á esos infortunados, sin poder escuchar sus justas súplicas. Ora son, en efecto, los principales de un pueblo que me piden algunas rupias para ahondar su pozo seco, diciendo que ni aguatienden con que apagar su sed; ora es un padre que me anuncia el nacimiento de un hijo suyo y su entera falta de recursos con que sostener á la madre y al hijo; ora es una viuda que me trae algunos huérfanos moribundos de inanicion.

«Hé aquí un ligero bosquejo de la situacion que atravesamos. Que el Salvador y su santísima Madre vengán en mi ayuda, que protejan á mis pobres cristianos, ó bien, si es su voluntad, me concedan la gracia de morir con ellos.»

LOS ABazes.

I.—La Abazia, que forma uno de los gobiernos de la lugartenencia rusa del Cáucaso, se extiende á lo largo del mar Negro, al Sud de la Circasia y al Noroeste de la Mingrelia. Está dividida en dos provincias: la Grande

Abazia y la Pequeña Abazia; y sus ciudades principales son Sokum-Kalé, Anakopi y Pitzunda.

Sokum-Kalé, la antigua Sebastópolis, se llamaba en mingreliano Akhu y Tgacudji. Esta ciudad, cuyas casas son de madera, posee un jardín botánico, un hospital militar, un cuartel y una iglesia muy antigua que sin embargo nada ofrece interesante bajo el punto de vista arqueológico. A algunas leguas de Sokum-Kalé, cerca del río Psirsa, se encuentran las ruinas de la iglesia de Anakopi, la Nicophsis de los georgianos. Allí, según se dice, fué sepultado el apóstol san Simón. (V. pág. 524).

Algo más allá se encuentra Bombori, y á 5 verstas (cerca de 8 kilómetros), en medio de un bosque, una hermosa iglesia bizantina perfectamente conservada, adornada en su interior de pinturas que representan Abrahán recibiendo á los tres Angeles, la Cena, Magdalena á los piés del Salvador y el sacrificio de Abrahán.

A cierta distancia hállase otra iglesia bastante bien conservada y conocida con el nombre de Likhné. (V. página 525). Los abazes tienen este santuario en gran veneración. El juramento prestado sobre la iglesia de Likhné es para ellos muy sagrado y solemne.

A la izquierda del río Bzibi está situada la pequeña ciudad de Pitzunda (la antigua Lozoa, el Pithius de los griegos). Pitzunda posee un hospital y una escuela. Justiniano construyó allí en el siglo VI una magnífica iglesia. (V. pág. 528). Está bajo la advocación de la santísima Virgen, y para ponerla al abrigo de las incursiones de los bárbaros, los cristianos la habían rodeado de un muro, en cuyo recinto se encuentran hoy todavía las casas habitadas por sus descendientes. Esta iglesia ha sido servida sucesivamente por los Teatinos y por los Capuchinos, últimos misioneros de la Georgia, de la Mingrelia y de la Abazia. Al Sudeste se ve un campanario en ruinas, y al Oeste dos capillitas. En una de estas hay una campana en la que están representados la santísima Virgen con el Niño Jesús, un obispo llevando una cruz, y santa Verónica con el velo que contiene impresa la faz del Salvador. Tiene grabada la cifra MCCCCXXVIII.

II.—Los habitantes de la Abazia han sido dominados sucesivamente por los lazas, los georgianos, los romanos, los persas, los turcos y los rusos. Recibieron el Cristianismo hacia el año 550 bajo el reinado de Justiniano. La sede del *catholicos* de la Abazia estaba instalada en Pitzunda.

En 1457 Mahomet II se apoderó de Sinope, de Sam-sun y de Trebisonda; después invadió el Lazistán y la Colchida, é impuso á estos pueblos la religion del Islam.

Los abazes, sin embargo, conservaron y conservan todavía algunos recuerdos del Cristianismo. Así, por ejemplo, en medio de todas las extravagancias de una religion, mezcla informe del islamismo y de un cristianismo corrompido, guardan como recuerdo de sus antepasados cristianos un gran respeto á las iglesias y á los libros que sirven para el culto. Suspenden como *ex-votos* en las paredes de las iglesias las armas de los soldados vencedores ó muertos en el campo de batalla. Adoran también la cruz, mas no como instrumento de la redención del género humano, sino simplemente porque sus antepasados también la adoraron.

En ciertos días sagrados se juntan en las iglesias. Los jefes, que hacen las veces de sacerdotes, cúbrese de

ropas de color y entonan himnos que el pueblo continúa.

Muchos abazes se afeitan la cabeza, como los religiosos, y cubren su tonsura con una especie de solideo.

Los abazes se mantienen con mijo, maíz y lactinios. Crian numerosos rebaños que venden á los habitantes de la Georgia y de la Mingrelia. Todo su ajuar se reduce á un colchon, algunas mantas y una marmita. Poseen también armas que cuidan con todo esmero y constituyen sus mejores prendas.

Sus mujeres son laboriosas é inteligentes, pero su ignorancia es grande y su desaseo proverbial. Cuidan de la casa y del cultivo de los campos, soportan las fatigas con valor admirable, y sufren sin quejarse cuando sus maridos las maltratan.

Las costumbres de los abazes son muy depravadas. El adulterio es comun entre ellos como en todos los pueblos del Cáucaso. Son mentirosos, amigos de lo ajeno y vengativos; y á pesar de todo serian susceptibles de educación si no hubiesen caído en manos de la Rusia, que al imponerles su falso cristianismo les ha dejado en la más crasa ignorancia. No saben leer ni escribir, y mucho menos orar. Han sido bautizados á viva fuerza por los *popes*, que recibían un rublo de plata por cada bautismo, pero que no se cuidaban poco ni mucho de la fe y de la instrucción de sus neófitos.

Los Teatinos y luego los Capuchinos italianos tuvieron durante algunos siglos una Misión en estos países. Si no consiguieron extirpar la herejía de Focio, que tan profundas raíces había echado bajo la opresión del gobierno moscovita, prestaron con todo grandes servicios á la Georgia, cuyo pueblo permaneció firmemente adicto á la fe católica. Había un obispo en Tiflis. Diversos incendios destruyeron en dicho punto los archivos de esta Misión que, además de la Georgia, comprendía la Mingrelia, la Circasia y la Abazia. Sabemos únicamente que, gracias á sus conocimientos en medicina y cirugía, los misioneros pudieron residir en aquellas comarcas bajo los príncipes georgianos. Subyugado el país por los rusos, dejáronles tranquilos al principio, mas poco á poco les impusieron condiciones inaceptables, hasta que en el mes de Enero de 1845 y en un invierno de los más rigurosos fueron arrojados de Tiflis, yendo á establecerse en Trebisonda. De este modo concluyó, con la conquista de aquellas comarcas por los rusos, la Misión de los Capuchinos.

EFEMÉRIDES.

2 DICIEMBRE 1856.—Muere el P. Teobaldo Mathew, llamado el *Apóstol de la templanza*.

Teobaldo Mathew nació en 10 de Octubre de 1790 en Thomastown, condado de Fypperay, en Irlanda, época en la que sufría este noble país un yugo odioso y cruel de la Inglaterra, y de familia de origen inglés que había sido siempre católica.

Muy niño, quedó huérfano con sus otros ocho hermanos y hermanas, pero fué adoptado por una piadosa parienta: fué á un colegio y pronto quiso seguir la carrera eclesiástica. Estuvo algún tiempo en España cursando teología (sin duda en el Colegio de Irlandeses de Valladolid) y se volvió á Maynooth y á Kilkenny, donde ejerció sus funciones de sacerdote; pasando desde allí al convento de Capuchinos de Cork, pues le parecía que la vida en una Orden religiosa le proporcionaba poder ser más útil á mayor número de almas.

Sabido es que los Capuchinos gustan de evangelizar con preferen-

cia al pobre, con quien se identifican por la humildad de su vestido y las privaciones continuas de que han formado su regla absoluta.

Apenas se había Teobaldo convertido ya en P. Mathew, le destinan para abrir una escuela gratuita en una casa vieja, en donde da instrucción á quinientos jóvenes. Llega el terrible cólera de 1832 y recorre las calles noche y día, conduciendo los enfermos sobre sus espaldas, llevándolos al hospital, y allí es su enfermero y su consuelo, y acompaña á los muertos hasta el cementerio, sin temor alguno á contagiarse: más aún: como los pobres no podían pagar los derechos del cementerio público, adquirió para ellos uno especial, donde todo era gratuito.

Muchas personas de Cork habían tratado de combatirlos espantosos progresos que hacia la embriaguez, azote de la Gran Bretaña, fundando una asociación de templanza que casi se extinguió sin dar resultados, cuando el P. Mathew vino á darle vida, y al momento cambió todo. A las muchedumbres que venían á oír su palabra apostólica les hacía jurar que no beberían sino agua, y que se abstendrían escrupulosamente de toda bebida enervante. Todos querían inscribirse en la asociación: el impulso era irresistible, extendiéndose del Norte al Sur y del Este al Oeste de Irlanda, estableciendo en todo el país una emulación de sobriedad que era tenida por milagrosa.

Un testigo, la Sra. Edgeworth, dice así lo que estaba pasando á su vista: «En nuestra aldea la venta del aguardiente ha disminuido tanto de dos años á esta parte, que las tabernas están vacías, y sus dueños se han visto precisados á rebajar los alquileres. Los bosques y los campos no son ya teatro de perpétuas orgías y de pendencias; hombres que teníamos como incurables de las borracheras, se han corregido después de las exhortaciones del P. Mathew, se han decidido á trabajar y se han vuelto hombres útiles; con la sobriedad han recobrado la salud y el bienestar, y en vez de llevar á sus hogares la miseria y el crimen, se ocupan en el bien de sus mujeres y de sus hijos. A despecho de todas las contrarias previsiones, de todos los avisos de la experiencia y los ejemplos de lo pasado, esta formidable cruzada contra los gustos y pasiones de los individuos y los hábitos inveterados de todo un pueblo, se ha sostenido durante dos años y ha triunfado.» Esto era al principio; después la obra se desenvolvió tomando proporciones increíbles.

En 1843 nuestro Padre se dirige á Inglaterra y á Escocia, donde va precedido de su reputación. La multitud le asedia; corren tras él las masas, ávidas de oírle y deseando poder inscribirse en la sociedad. Su bondad era tan grande, que no podía rechazar á ningún pobre; de modo que más de una vez fué necesario abrir suscripciones públicas para pagar las deudas que había él mismo contraído; y la reina de Inglaterra, conmovida por el bien que hacia á sus súbditos, le dió una pensión de 7,500 francos. En 1849 pasó á América, llamado por la colonia irlandesa: su llegada á Nueva-York fué una verdadera ovación; todas las ciudades le querían; pero desgraciadamente fué atacado de parálisis, y jamás recobró su antigua vigorosa salud, aún cuando se volvió á Europa, donde se retiró, cerca de Cork, en casa de un hermano, rodeado continuamente de pobres, que acogía como un padre haría con sus hijos, muriendo el 2 de Diciembre de 1856. Al

extenderse rápidamente la noticia, todos los buques del puerto y de las cercanías de Cork izaron pabellones de luto y se cerraron las tiendas, siendo general el sentimiento, acompañando más de 30,000 personas su cadáver, que reposa en medio de aquellos á quienes consagró su vida toda, colocado en medio del cementerio que había comprado para los pobres.

NECROLOGÍA.

Estados- Unidos.—En 14 del pasado Abril murió en su residencia el Ilmo. Antonio-Domingo Pellicer, obispo de San Antonio (Tejas). Nacido en San Agustín de la Florida en 1825, hizo brillantes estudios en el colegio de los Padres Jesuitas de Spring-Hill. Ordenado de presbítero, ejerció primeramente el ministerio pastoral en Montgomery (diócesis de Mobile). Durante la guerra separatista (1860-1865) llenó las funciones de capellan castrense, sin dejar la administración de su

parroquia, y convirtió gran número de oficiales y soldados. En 1866 fué nombrado vicario general por el Ilmo. Quinlan. Cuando en 1874 Pio IX erigió la diócesis de San Antonio, nombró por su primer obispo al Rdo. Pellicer. Consagrado en 8 de Diciembre de 1875 por el ilustrísimo Perché, tomó posesión de su Sede episcopal en 27 del mismo mes. El clero de aquella parte de Tejas se compone de sacerdotes mejicanos, franceses, irlandeses, polacos y alemanes. En menos de un año todos unánimemente cobraron, con el conocimiento de su Obispo, una grande estima, veneración y amor hacia su primer Pastor, que no les hablaba nunca sin animarles y mostrándoles su paternal afecto. Las obras apostólicas tomaron rápido impulso bajo la dirección prudente y celosa del joven Obispo; y los cinco años que rigió su vasta diócesis serán para siempre, en San Antonio, un recuerdo de lo que puede verificar la gracia divina acompañada por una fiel cooperación de la virtud, energía y ánimo, juntamente con la suavidad y prudencia. Poseía las diversas lenguas que se hablan en Tejas, y predicaba en español, francés é inglés. Su diócesis contaba en 1875 con 35 sacerdotes, 47 iglesias ó capillas y 40,000 católicos; y la dejó á su sucesor con 45 sacerdotes, 58 iglesias y más de 50,000 fieles.

Macao (China).—El 31 de Marzo pasado murió en esta ciudad el P. Victorino-José de Souza Almeida, á la edad de setenta y tres años.

Nacido en Peñafiel (Portugal), había hecho sus estudios en el colegio de Sernache. Llegó á China como misionero hacia cuarenta años, y no cesó de trabajar en la conversión de los indígenas. Literato distinguido, empleó una parte del tiempo que le dejaban libre los trabajos del apostolado en componer en su lengua materna poemas muy estimados. Botánico eminente, él fué quien comenzó el *Flora Garden* (Jardín de las flores) de Macao. Una santa muerte fué digno coronamiento de su vida enteramente consagrada á procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, n.º 5, Barcelona.



ABAZIA (Rusia asiática).—Iglesia de Nuestra Señora en Pitzunda. (Pág. 527).